

MELITÓN AMORES GONZÁLEZ

Mis Amores

(Poesías)



Talleres Gráficos "Astorga"
1926



JT
WY

MIS AMORES

T. 166929

Mis Amores

POESÍAS RELIGIOSAS, MÍSTICAS, PATRIÓTICAS, ETC.

ORIGINALES DE

Melitón Amores González

Beneficiado-Maestro de Ceremonias de la S. A. I. Catedral de Astorga
Mayordomo del Palacio Episcopal y Catedrático del Seminario



TALLERES GRÁFICOS

ASTORGA

1926

PROPIEDAD DEL AUTOR

DEDICATORIA

AL EXCMO. SEÑOR DON ANTONIO SENSO LÁZARO,
OBISPO DE LA DIOCESIS DE ASTORGA

Permitid, mi venerado y amadísimo señor, que a vuestro nombre, por tantos títulos esclarecido, vaya una vez más unido el mío, humilde e ignorado, con la pobre ofrenda, que hoy os hago, de este librito de versos. Pobre, como mía, es la ofrenda, ya que carece de los méritos que yo desearía que tuviera para obsequiaros dignamente con ella; pero es rica en afectos, porque en ella va mi corazón que es fuente del más noble y leal amor, de la más sincera gratitud y de los más puros y delicados sentimientos hacia vuestra sagrada persona.

Aceptadla con agrado y con especial benevolencia, ya que os ofrezco lo mejor que tengo, y será un nuevo motivo de gratitud para vuestro humilde capellán y mayordomo que devotamente b. v. a. p.

Melitón,

OBISPADO

DE

ASTORGA



Secretaria

Tengo el honor de comunicarle que en la instancia presentada por Vd. en este Obispado, ha recaído el siguiente decreto.

«Nos doctor D. Mariano Florez Gallego, Vicario general y Provisor del Obispado de Astorga, Camarero Secreto Supernumerario de Su Santidad, etc. etc.

Por presentada la anterior instancia en la que el Presbítero D. Melitón Amores González Beneficiado-Maestro de Ceremonias de la S. A. I. Catedral de esta Ciudad, solicita Nuestro permiso y licencia para imprimir y dar a la publicidad un tomo de poesías titulado «MIS AMORES;» y visto el informe del Censor que dice: «Leídas con atención las adjuntas poesías originales de D. Melitón Amores González tituladas «Mis Amores»; nada he encontrado menos conforme con la más acrisolada ortodoxia y moral católicas. Bien al contrario, en ellas se enaltece y canta la Religión y la patria no sólo con acentos de alta inspiración,

sino de verdadera y sólida piedad. Por lo cual estimo de gran utilidad que se publiquen.»-venimos en conceder y por el presente concedemos al expresado Sr. Amores González el permiso que solicita, con la condición de que al principio de la obra se haga constar este Nuestro decreto.-Dado en Astorga, firmado por Nos y refrendado por el Secretario de Cámara y Gobierno a diez y seis de mayo de mil novecientos veinticinco.—Dr. Mariano Florez.—Por mandado de S. S. Ilma.-Lic. José Huertas, Arcip. Srio.-Hay un sello que dice-Obispado de Astorga.-Reg. lib. crrt. fol. 103.»

Lo que traslado a Vd. para su conocimiento y efectos oportunos.

Dios gue. a Vd. ms. as.

Astorga 18 de mayo de 1926

Lic. José Huertas

Arcip. Srio.

Sr D. Melitón Amores González, Beneficiado-Maestro de Ceremonias de esta S. A. I. Catedral.

PRÓLOGO

DURO golpe descargó don Miguel de Cervantes Saavedra contra la manía, abusiva ya en su tiempo, de abrir el texto de los libros impresos con prólogos encomendados a ajena intervención oficiosa.

Y a la verdad, que a poco conocimiento que se tenga de los excesos cometidos sobre el particular, reconoceráse la bastantísima razón que asistió al Príncipe de las letras españolas para arremeter con todo el brío y donaire de su portentoso ingenio contra uso tan detestable, pecado, a un tiempo, de vanagloria en el autor del libro, y de insinceridad en el prologuista.

Con todo, la pecadora costumbre no por eso se desarraigó de cuajo en la república literaria; antes continuó muy válida y boyante por todos los siglos XVII, XVIII y XIX, bien que en este último cayeran casi en ge-

neral desuso los prólogos de carácter exclusiva y principalmente elogiador de la persona del escritor, adoptando, en cambio, aires de discusión trascendental acerca de la materia como un capítulo más de la obra.

¿Qué opinar de la novísima transformación de la vieja práctica, aborrecida de tantos y seguida de muchos más?

Parece ser que del antiguo prólogo *panegirista* y del moderno *elucubrador*, debiera formarse un tercero que participara discretamente de ambos extremos, en el sentido de constituir una crítica desapasionada de la obra, haciendo ver el prologuista hasta qué punto el autor ha logrado, o donde menos acercádose, a lo que comúnmente se estima blanco aventajado y término ideal en la materia. Acostémonos nosotros a este razonable criterio en el caso concreto de apadrinar aquí (sin oficio ni vocación para *presentador de poetas*) al que lo es, como el lector verá, exquisito y valentísimo en todas y cada una de las composiciones que ha de saborear a pliego seguido.

Qué sea poesía—en el sentido más excelso de esa palabra tan excelsa—no debe de ser empresa fácil determinar, por cuanto resultan muchas y muy enrevesadas las definiciones que de la misma vienen dándose en libros y cátedras. . . Y es lo curioso que, en absoluta ignorancia y aun a espaldas de todas ellas, con sólo que haya sentido y gusto de lo bello en el alma, lo mismo es florecer la rosa de la poesía en unas estrofas hermosamente cinceladas o en una prosa ataviada con magnificiencia que sentirnos suavísimamente embriagados por sus irresistibles efluvios. Huelgan, pues, definiciones

peripatéticas sobre lo bello literario: si hay percepción suya, porque ésta es inmediata; y si no la hubiera, porque no se la alcanzaría con nada.

Cuando a la apreciación vivísima de la belleza poética acompaña en la conciencia un cierto don de captar y acumular la que centellea profusamente derramada por la creación entera, de forma que, luego de transformada en el prisma o crisol del sentimiento propio, sea vista dicha impresión estética reflejarse y resurtir a lo exterior mediante la hermosura y nitidez de escogidas palabras, en tal caso nos hallaríamos, además, ante un ministro sagrado e inconfundible de ese divino arte, que tanto como eso viene a ser un poeta.

Ni me remuerde a mí, sacerdote y religioso, emplear tan santa denominación aplicada a cosas humanas y terrenales, porque a la verdad, así como no hay después del sagrado culto cosa que tan poderosamente nos lleve a Dios como el sentimiento de lo bello, así tampoco habrá profesión alguna que tan merecidamente se compare con la del sacerdocio como ésta de verdadero poeta. No se diga más sino que Fr. Luis de León vate—consumado y único juez en tales particulares—después de afirmar que *sólo en lo divino se emplea la poesía como debe*, escribe esta estupenda página que brindamos a los artistas y críticos de nuestros días. «Porque este es solo digno sujeto de la poesía, y los que la sacan de el y forzándola la emplean, o por mejor decir, la pierden en argumentos de liviandad, habian de ser castigados como públicos corrompedores de dos cosas santísimas: de la poesía y de las costumbres. La poesía corrompen, porque sin duda la inspiró Dios en los ánimos de los

hombres para con el movimiento y espíritu de ella levantarlos al cielo de donde ella procede; porque no es sino una comunicación del aliento celestial y divino; y así en los Profetas casi todos, así los que fueron verdaderamente movidos por Dios como los que incitados por otras causas sobrehumanas hablaron, el mismo espíritu que los despertaba y levantaba a ver lo que los otros hombres no veían les ordenaba y componía y como metrificaba en la boca las palabras con número y consonancia debida para que hablasen por más subida manera que las otras gentes hablaban y para que el estilo del decir se asemejase al sentir y las palabras y las cosas fuesen conformes. Así que corrompen esta santidad, y corrompen también (lo que es mayor mal) las santas costumbres; porque los vicios y las torpezas, disimuladas y enmeladas con el sonido dulce y artificioso del verso, recibense en los oídos con mejor gana y de ellos pasan al ánimo, que de suyo no es bueno, y lánzase en él poderosísimamente, y hechas señoras de él y desterrando de allí todo buen sentido y respeto, corrompenlo y muchas veces sin que el mismo que es corrompido lo sienta. Y es (iba a decir donaire, y no es donaire sino vituperable inconsideración) que las madres celosas del bien de sus hijos les vedan las pláticas de algunas otras mujeres y no les vedan los versos y los cantarcillos de argumentos livianos, los cuales hablan con ellas a todas horas; y sin recatarse de ellos, antes aprendiéndoles y cantándoles, las atraen a sí y las persuaden secretamente y derramándoles su ponzoña poco a poco por los pechos las inficionan y pierden. Porque así como en la ciudad, perdido el alcázar de ella y puesto

en las manos de los enemigos, toda ella es perdida; ansi ganado una vez, quiero decir, perdido el corazón y aficionado a los vicios y embelesado con ellos, no hay cerradura tan fuerte ni centinela tan veladora y despierta que baste a la guarda.» (1)

Dilatadillo además es el texto alegado, pero no hay en él pensamiento baldío o menos que oportuno; como que su sola transcripción y trasplante a este lugar forman, de por sí, el más lindo prefacio que autorizar pudiera el presente libro. Si que de los días de Fr. Luis acá, no ha cambiado poco ni mucho la esencia invariable de la poesía: quienes han tratado de profanarla, mancillando vilmente su santidad original, han sido los poetas, muchos de ellos queremos decir, envolviendo y arrastrando, según ya lo previó el altísimo vate agustiniano, en esta corrupción artística la todavía más lamentable de ideas y sentimientos.

*
* *

El autor del presente volumen no hubo menester, de fijo, revolver en su mente tan trascendentales filosofías para imprimir a su estro ese camino del cielo que espontáneamente adoptan las creaciones bellas. Esta misma circunstancia y la de su honrosa profesión sacerdotal bastáronle y sobraron, muy sobradas, a cantarsabiamente—*psallite sapienter*—sin que por ello tuviera que desechar ningún eco armonioso del vasto temblor de oro que en el ámbito del universo levantan a Dios las criaturas. Y es, sencillamente, que lo *religioso*, cuando lo

(1) *Los Nombres de Cristo*, Lib I. Monte.

plasman y tratan manos maestras en el campo del arte, brindase como ninguna otra materia a maravillas de idea y exquisiteces de sentimiento: señal evidente, demostración clarísima de que así como Dios mora singularmente en lo bello (si ya no hermosea cuanto toca), así también es la poesía uno de los impulsos que más pronta y eficazmente nos lanzan al acatamiento de la Majestad Soberana.

Los asuntos que nuestro vate elige con preferencia para de ellos hacer brotar raudales de poesía suavísima, son la Divinidad, la Persona adorable de Ntro. Señor Jesucristo, algunos de los Misterios de la Redención, Advocaciones múltiples de la Virgen Ntra. Señora, el Camino de la Perfección místicamente considerado bajo simbolismos bíblicos, Realidades y Ensueños varios, en fin, de la compleja existencia humana.

Cosas muy comunes—se dirá—; argumentos muy manidos y socorridos; materias más acomodadas a la prosa oratoria que a la alada poesía. . . Pase la afirmación, irreverente y todo en alguno de sus extremos; lo que no puede pasar es suponer que haya en el mundo de lo real, o en la esfera de lo meramente posible, nada que se resista al conjuro mágico del poeta, nada que responda con el silencio a sus requerimientos, nada que le niegue la cegadora visión de su hermosura, nada que le escatime lecciones de moral sabiduría, nada, en suma que no le apunte y señale el cielo con la arista más aguda y resplandeciente de su esencia íntima.

Y ¿cómo interpreta don Melitón Amores el concepto general que todos tenemos de esas realidades ambientales? Aquí del aforismo escolástico *quidquid recipitur per*

modum recipientis recipitur. . . Si; pocas veces, como en el caso presente, la poesía denunciará al poeta, las palabras sabrán a corazón, el estilo será el hombre. El arte de estos versos es arte ingenuo, honrado, cordial, nobilísimo; arte en una palabra, que rezuma hidalguía y casticismo, en el sentido eterno de la rancia tradición española. Y es que tal, puntualmente, resulta nuestro querido poeta de Montánchez: inteligencia de horizontes limpios siempre bañados en luz; corazón que nada tiene que ocultar porque todo en él es sano, honrado y generoso; aspecto de tantos amigos como personas se ponen al alcance de sus ojos atrayentes; trato social en que la cordialidad y el candor ponen su silla antes y por encima de los falsos y heladores convencionalismos de costumbre; conversación amena y chispeante, matizada al oído por ligeras negligencias prosódicas propias del país natal. . .

De entre las varias composiciones que integran este libro, algunas hay que merecidamente han obtenido premios en concursos y juegos florales. No por ello las estimaremos, con todo, mejores que las no laureadas; antes poesía que se corte y cosa de encargo, inspiración que se provoque por ajeno requerimiento, versos que se refrenen o prolonguen por tablas de logaritmos previamente publicadas, estro que se escancie con medida y según la capacidad de copa preconcebida... nunca serán de nuestro gusto, porque necesariamente han de enturbiar la nitidez de la idea, falsear la sinceridad del sentimiento y cohibir la libre marcha de la composición métrica. Fuera de las arbitrariedades mil que en tales adjudicaciones suelen tener lugar en el día de hoy, y de muy

antiguo acostumbraron a cometerse contra el verdadero mérito; hasta un punto tal, que ya Cervantes—en su inmortal novela—aconsejaba aspirar al «segundo premio» *que el primero siempre se lleva el favor o la gran calidad de la persona.*

Mayor encanto y cualidad más apreciable representan para nosotros algunas otras poesías, del presente tomo, las cuales, a dicho de su progenitor y según también comprobación crítica nuestra aparecen aquí con la misma vestidura ingenua y limitada que el autor les diera, decenios atrás, cuando no era él todavía ningún potentado de la técnica, bien que ya poseyera entonces en la boca del costal simbólico la copa de oro que las Musas depositan en el corazón de sus favorecidos. (1)

Bien es verdad que dada la corrección con que siempre habló y escribió el castellano nuestro amigo, y supuesta, sobre todo, su manera literaria, que esquivaba todo sorbo de *contaminación* ni lejanamente modernista, poca labor de enmienda se ofrecía a su atildada pluma de hoy; y así lo único que dentro de la uniformidad clásica aludida cabía era substituir tal o cual palabra o darle lugar más acomodado en la cláusula hasta emular la perfección del lenguaje platónico, donde no se podría cambiar un vocablo por otro sin obscurecer el concepto, ni tampoco moverlo de su sitio sin robar a la frase energía y belleza.

Apropósito de modernistas y clasicistas, yo (afiliado y preboste de estos últimos) he tenido, no obstante,

(1) Alude a poesías compuestas y publicadas cuando el autor contaba solamente 17 años de edad, como *El Huerfano*, *La Asunción de la Virgen*, *Piedad*, *Los sueños de un músico* y varias otras.

paradójicas contiendas con mi amigo defendiendo parcialmente, frente a él, el arte de los primeros. El bondadoso e ilustre Prelado asturicense recordará bien el ingenio y el calor que ambos contricantes poníamos en aquellas encendidas reyertas de sobremesa. . .

—La escuela modernista—decía yo a don Melitón—es acreedora a grandes elogios y agradecimientos, de parte de los críticos desapasionados, porque a vueltas de la mucha escoria literaria y del cieno de inmoralidad no menor que nos ha traído, aportó innegablemente bienes y ventajas insignes que en parte gozamos ya y en parte granarán a manos llenas andando el tiempo.

—¿Qué provechos son esos ni habidos ni por haber?—objetaba incrédulo mi comensal, bajo la sonrisa amable del Sr. Obispo, convertido en juez de campo por la fuerza de las circunstancias.

—Allá van algunos que están al alcance de la evidencia—replicaba yo apurando la ventruda tacita del pensador café, mientras que mi irreconciliable amigo despabilaba *clásicamente* la ceniza de su no menos pensador cigarrillo. . .

Primeramente, amigo mío, la Estética modernista ha rehabilitado los seres casi todos de la naturaleza dándoles carta de ciudadanía en las creaciones poéticas, amplitud de criterio y de sentimiento que faltó evidentemente a la Estética clasicista que estableció el pergamino y la sangre azul para las cosas, como si no fueran todas ellas, en frase galana del P. Granada «beneficios de Dios, obras de su providencia, muestras de su hermosura, testimonios de su misericordia, centellas de su caridad y predicadores de su largueza...» Se dirá—añadía yo ade-

lantándome a una objeción que pudiera compartir mi interlocutor con otros muchos—se dirá que no todos los objetos resultan estéticamente bellos...—¡Peor para la Estética, que ha venido al mundo bastante después que el último de los seres! Y luego ¿quién no sabe que la belleza literaria no es la belleza misma, o en sí, de los objetos por Dios elaborados, todos con infinito artificio; sino la expresión bella de la honda impresión personal que el poeta sintió a su vista recuerdo o contacto?

En segundo término, si bien es cierto que la poesía modernista, por manos de no pocos cultivadores suyos, ha flagelado y crucificado el habla castellana--ni más ni menos que allá en Francia e Italia sus respectivos idiomas—, tampoco cabe negar que de parte de otros representantes de idéntica escuela, ha recibido nuestra lengua insignes beneficios y esplendores; no tan sólo en la adopción y resurgimiento de voces necesarias y bellísimas, más también en el acercamiento y discreta conformación de su clausulado con los refinados modos que trataron de granjear al castellano un Góngora, un Quevedo, un Gracián, un Saavedra Fajardo, en suma, la pléyade ilustre de nuestros desdeñados conceptistas y culteranos del siglo XVII, en quienes fuera injusta aberración creer que fué todo defectuoso y vitando. Lope de Vega y Cervantes riéronse harto de aquel nuevo orden de cosas que quería introducirse en la literatura de su tiempo; y no obstante las tan traídas y llevadas chafalditas de su regocijada pluma, acabaron por pagar tributo a buena parte de aquellas odiadas innovaciones; y es que el ideal de la construcción gramatical para la poesía—si ha de constelar ésta enérgica y jugosa—estará siempre en el

mayor ahorro posible de artículos, preposiciones y conjunciones.

Lo tercero, hanse introducido en la métrica castellana, a favor de los gustos modernistas en la versificación, variedades caprichosísimas de efecto onomatopéyico; de ellas, enteramente desconocidas en nuestra historia literaria, de ellas, resucitadas ahora, del sepulcro polvoriento de los Berceos, Santillanas, Manriques, Valdiviesos. . . ¿Y no es de celebrar que suene la lira castellana con la gloria magnífica de todas sus cuerdas habidas y por haber, aunque por ello estemos condenados a sufrir tal cual contrapunto, contrafuero y aun contrasentido? . .

En cuarto lugar—y sin salir de esto mismo de las combinaciones métricas—los poetas de la novísima escuela han arremetido contra ciertos molinos de viento, excesivamente respetados en lo antiguo, pero cuyo culto resiste mal las acometidas de los preceptistas y críticos modernos. Para ellos, la versificación por consonantes y en estrofas siempre resultará cosa *bárbara* y represiva de la libertad de la inspiración, como que lo primero fué cosa rechazada por los grandes poetas de las literaturas antiguas, y lo segundo se adoptó tan sólo cuando se destinaban los versos a su interpretación musical en la verdadera arpa.

Finalmente—ya escampa, amigo mío—, puede que la gloria más alta de la poesía modernista sea su noble aspiración, y en repetidos casos el logro felicísimo, de haber hecho de ese arte una cosa sutil, etérea, alada, donde el espíritu humano beba un *máximum* de inspiración subjetiva con el *minimum* de materialidad objetiva... Así, el arte poético modernista se aproxima al ideal

del arte músico, donde, con una serie combinada de muy contadas notas que se desvanecen fugacisimas, se opera el prodigio de ponerse en tembladora emoción el alma viendo, oyendo, sintiendo, soñando cada cual a la medida de su fina sensibilidad y en la proporción de su espiritual cultura. En todo caso, la aspiración, repetimos, ha sido noble, generosa y bien encaminada, como que lo grande, lo exquisito, lo apurado en achaque de funciones artísticas sería el misterio de la vaga iniciación y el secreto del impulso invisible para cada género de tendencias subjetivas o estados psicológicos. Más claro: beber el puro y espumoso licor de la inspiración artística en una copa de cristal tan sutil y transparente que casi se desvaneciera a los ojos y al tacto al levantarla en el aire.

.....

Querrá, ahora, saber mi pacientísimo lector qué efecto o vuelta de conversión hacían estos mis pensares en el ánimo de mi culto amigo don Melitón Amores González. Pues ninguna mella o rastro de evolución, ni tan siquiera de ideas, al campo de enfrente. Bien es verdad que el predicador ha tiempo que también perdió la fé casi en todas las cosas que inventó el mezquino ingenio de los hombres o bien tratan sus pecadoras manos acá en el mundo. Y ¡qué gozo tan del cielo poder adorar, como una hostia divina por encima del hórrido fragor de las mortales opiniones, la firmeza de aquel *Veritas Domini manet in æternum!*

TOMÁS ECHEVARRÍA, C. M. F.

RELIGIOSAS



A LA SANTÍSIMA VIRGEN DEL CASTILLO

DE

MONTANCHEZ

(CONSAGRACIÓN)

AL comenzar la aurora de mi vida
mi tierna madre a Ti me consagró;
mas hoy llegado a juventud florida,
y ya que en Ti mi corazón anida,
hoy me consagro yo.

Acógeme amorosa, Madre amada,
preséntame ante el trono del Señor;
deja que de tu altar ante la grada
te ofrezca cual paloma enamorada
mis cántigas de amor.

Tú eres, Virgen, la estrella de esperanza
que brilla de la noche en el capuz,
la que el marino advierte en lontananza
y apenas percibir la vista alcanza
su bienhechora luz.

Salva, ¡oh Madrel, a este errante peregrino
de los escollos de este inmenso mar;
que, perdiéndote a Ti, Norte divino,
fatigado en mitad de su camino
se siente desmayar.

En el corto decurso de mi vida
confiado a tu amparo he de vivir.
¡Salva a mi alma triste y dolorida!
¡No le niegues tu luz, Madre querida!
¡No la dejes morir!

De mi alma la barquilla atribulada
bogando está en los mares del dolor;
y cuando en los escollos esté anclada . . .
¡No te olvides de mí, Reina adorada!
¡No me niegues tu amor!

Y al salir de esta vida transitoria,
cuando parta del mundo en que viví,
sea tuya, Señora, la victoria
y venturoso volaré a la gloria
para adorarte allí.

A DIOS

Tú, Señor, que a los seres das la vida
y eres dominador de cuanto creas,
ilumina mi mente oscurecida,
llénala de la luz de las ideas.

Tú, que das el perfume y los colores
a las más bellas flores;
Tú, que pones el trino en la garganta
del pardo ruiseñor que en tu honor canta;
Tú, que eres por esencia la belleza
y autor de la armonía
que reina en la gentil naturaleza,
dá a mi canto perfumes edeniales,
arpegios de celeste melodía,
palabras de belleza sobrehumana
con que cante en estrofas inmortales
tu gloria soberana,

tu infinito poder, tu santo nombre,
y de rodillas te venere el hombre.

¡Inspirame, Señor! Quiero cantarte
a Ti, cuyo poder do quiera veo
y me hace de rodillas venerarte;
a Ti, cuya grandeza
en las brillantes páginas yo leo
del grande libro a la razón patente
de la hermosa y feraz naturaleza;
a Ti, que eres imán de mi deseo;
a Ti, cuya belleza y hermosura,
cuya gloria inmortal y cuyo nombre
van impresos en toda criatura,
lo mismo en el insecto que en el hombre.

Yo te veo, Señor, omnipotente
en el abismo en que en tu Esencia habitas,
dando el ser a los seres de la nada;
te veo sonriente
del tiempo en la alborada,
gozando en tus bondades infinitas,
al ver como al conjuro
de tu voz poderosa
brotaba la creación bella y hermosa.

Y veo de repente
brotar la luz e iluminar potente
la gran inmensidad de los espacios,
y a Ti extender el tul del firmamento
bordándolo de innúmeros topacios
que pusistes en raudo movimiento.

Y te veo alfombrar la seca tierra

de plantas y de flores y verdura,
y limites poner al mar airado,
conteniendo su fuerza y su bravura;
y la tierra poblar y el mar y el viento
de animales, de peces y de aves;
y con sumo cuidado
imprimir de tu imagen la figura
en el alma del hombre, que del lodo
plasmaste entusiasmado,
a quien de la creación diste las llaves
nombrándolo señor y rey de todo.

Y te veo irritado
castigando la angélica malicia
de espíritus rebeldes a tu imperio,
que lanzaste al eterno cautiverio,
ejerciendo terrible tu justicia.

Y luego compasivo,
al par que justiciero y tremebundo,
te veo castigar el desacato
del hombre a tu mandato,
por el que de Satán se hizo cautivo,
y prometerle el Redentor del mundo.

Mas siguió el hombre ingrato
provocando tu ira y tus furoros,
y brillaron siniestros resplandores;
lanzaste el rayo, desataste el trueno,
desbordaste los mares y los rios
y del cielo las grandes cataratas,
y hundiste a los impios,
que torpes olvidaron tu existencia,

en el inmundo cieno,
haciéndolos borrar de tu presencia.
Y aún compasivo y de clemencia lleno,
no queriendo borrar a todo hombre,
salvaste al justo que adoró tu nombre.

Te veo poderoso y revestido
de tanta majestad, de gloria tanta,
al sepultar en los profundos senos
del mar a Faraón empedernido,
y en Siná al fulminar rayos y truenos
para dar a tu pueblo tu Ley santa.

Desde entonces te veo omnipotente,
justiciero y clemente
a tu pueblo colmar de beneficios,
borrar la iniquidad de su pecado,
castigando al malvado
y aceptando en tu honor sus sacrificios.

Siento, Señor, tus invisibles huellas
en el cielo, en la tierra y en los mares,
en las cosas más bellas,
en todo cuanto toco y cuanto veo,
en todos mis contentos y pesares;
y en todos los lugares
con tu santa presencia me recreo.

Tu espíritu lo siento en la pradera
que vestiste de galas y hermosura
en la bella y hermosa primavera,
y en la alfombra de flores y verdura
que esmalta la ribera.
En los mares contemplo la figura

de tu inmensa grandeza y poderío;
tu excelso señorío
en los blancos celajes de la aurora,
en el carro del sol resplandeciente
que dá la vida y que los campos dora;
en el limpido manto de rocío
que fecunda la tierra y dá frescores
en las cálidas noches del estío;
en la argentada luna refulgente,
en el rayo fugaz que el aire cruza,
y en los bellos colores
que arrebolan las nubes de occidente.

Oigo tu voz divina
en el valle, en el cerro, en la colina,
en la cumbre de la áspera montaña,
en la paz de la mísera cabaña,
en el silencio augusto
de la noche serena
llena de encanto y de misterios llena;
en el manso murmurio de los rios,
en los mares bravíos,
en el trueno que horrisono retumba
cuando en el carro de las nubes rueda;
en el rápido curso de los vientos,
en el triste silencio de la tumba,
en el sordo rumor de la arboleda,
en los dulces y armónicos concentos,
en el canto del ave,
en la brisa sūave,
en la limpia corriente

y en la rauda y sonora catarata
que en forma de torrente
sus diques rompe y su furor desata.

 Mi espíritu, Señor, siente tu aliento
cuando pasas creador dando la vida
calor y movimiento
a la tenue molécula escondida,
al átomo que gira por el viento,
al débil gusanillo,
al musgo imperceptible,
al leve pajarillo
y a cuanto tiene ser, aunque invisible.

 Y siento de tu mano bienhechora
la poderosa y mágica influencia
en el bien que derrama a toda hora
con justa providencia
sobre los campos que tu ser fecunda,
sobre los seres que tu mano crea,
sobre las vidas que tu amor inunda,
sobre las almas que tu gracia orea.

 En tu mano, Señor, está la gloria,
y Tú eres el Dios Fuerte,
el Señor de la vida y de la muerte,
y en Ti están el poder y la victoria.
Tú eres Dominador de cuanto existe,
y tuyas son, Jehová, todas las cosas,
sujetas a tus leyes poderosas,
porque a todos los seres el ser diste.

 En tu mano está el cetro de los mundos,
porque eres Rey de la creación entera

y Señor de los reyes y señores;
y no hay una criatura que esté fuera
de los inescrutables y profundos
designios de tu ciencia verdadera.

Tú eres autor del día y de la noche;
Tú encerraste en el broche
de la flor delicada
el néctar y el perfume
que exhala cuando se abre a la alborada.
Tú formaste la nieve y el rocío,
las nubes y las lluvias y las fuentes
que origen dan al río;
las cascadas, aludes y torrentes
que en impetus violentos
descienden de la altura de los montes;
Tú creaste las brisas y los vientos
que corren por los anchos horizontes,
el huracán que aterra,
las roncadas tempestades,
y rasgando en la nube y en la tierra
con tu inmenso poder el hondo seno
creaste aquí el volcán y arriba el trueno.

Tú fabricaste la radiante aurora,
mágica precursora
del astro-rey que fabricó tu mano;
Tú formaste la luna y las estrellas
y Tú hiciste el invierno y el verano;
y en todas las criaturas
dejaste de tus glorias y hermosuras
las indelebles y divinas huellas.

.....

Todos los seres, la creación entera,
entonan en tu honor himnos de gloria,
y sólo el hombre en su soberbia artera
aborrece tu nombre y tu memoria.
Mas . . . ¿qué digo? Te aborrece
o desprecia tan sólo el hombre impío
que por seguir su torpe desvario
más y más su soberbia se endurece
y no quiere creer en Ti, Dios mio,
por temor al castigo que merece.

Los demás son los pobres pecadores
que se olvidan por un delirio insano
de Ti, de tus favores,
de tu inmensa bondad y leyes santas;
mas cuando Tú, Señor, les das tu mano,
de hinojos caen rendidos a tus plantas.
Y es que el hombre, Señor, desde que nace
trae el sello de ser de leve arcilla
tan frágil y sencilla
que al más ligero golpe se deshace.

Ese eres Tú, Señor omnipotente,
Dios misericordioso y justiciero
que eleva al pecador que se arrepiente
y confunde y humilla al altanero.
Ese eres Tú, Jehová, principio y fuente
de toda santidad y de justicia,
a quien cantan tu gloria las criaturas,
a quien teme del hombre la malicia,
a quien saben amar las almas puras.

CANTO A LA INMACULADA

¡ERA YO NIÑO!

(ENSUEÑO)

Yo recuerdo que en sueños, Madre mía,
te he visto descender de las alturas
rodeada de angélicas criaturas
al lecho en que tranquilo yo dormía.
Y en aquel deleitoso dulce y blando
sueño infantil, te vi majestuosa,
y escuché que los ángeles cantando
te llamaban á coro: «Toda hermosa.»
Extático quedé al ver tu belleza,
quedé maravillado
y absorto en tu pureza
que no me vi jamás tan encantado.
Quise cantarte y débil mi garganta
no pudo articular ritmicos sonos;
un angel se acercó y me dijo: «canta
tus sencillas canciones.»

Iba á cantar y con dolor veía
que risueña mi estancia abandonabas
y tu imagen graciosa se escondía...
al par que te alejabas.
Me dejaste tan triste y pensativo...
tan prendado de Ti, de tu hermosura,
que aún ahora recuerdo tu figura,
tu esbeltez y elegancia
con tan bellos colores, tan al vivo
como la noche que te vi en mi estancia.

Yo contemplé tu rostro sonriente,
tu cabeza esplendente
coronada de estrellas,
y vi bajo tus huellas
morder la tierra la infernal serpiente.
Vi tus ojos hermosos y serenos
refulgendo en tu rostro peregrino
llenos de imán divino
y de dulzuras y de amores llenos.
Y vi tu rico manto
azul como la bóveda del cielo,
bordado con los rayos de oro y grana
del sol de la mañana
prendido de tu cuello sacrosanto
y arrastrando sus fimbrias por el suelo.

Aún parece sonar en mis oídos
la dulce melodía
de aquel celeste coro
en que ángeles mil á los sonidos
de sus arpas de oro

cantaban: «Toda hermosa eres, María»

Hoy recuerdo con pena
la de grato soñar noche bendita
en que viose mi alma en tu visita
de dulzura, placer y dicha llena.
Desde entonces, ¡oh Madre!, te amo tanto...
que es mi dicha infinita
el poderte elevar mi humilde canto.

¡HUMILLACIÓN!

NACIMIENTO DEL HOMBRE-DIOS

(El cual Cristo Jesús) siendo Dios... se anonadó a si mismo tomando naturaleza de siervo, hecho a semejanza de los hombres... etc..
(San Pablo a los Filip. c. II vv. 6 y 7)

CUANDO en fangosos mares de vicios se engolfaba y del horrendo abismo las puertas franqueaba incauto todo el orbe siguiendo a Lucifer, en noche tenebrosa de invierno cruda y fria, cumpliéndose a la letra divina profecía, en una oscura gruta un Dios vino a nacer.

El Dios que con un «fiat» creara el firmamento los soles, las esferas, la tierra, el mar, el viento, de amores cautivado del cielo descendió:

vistióse de la carne de virginal doncella,
airosa cual la palma, hermosa, pura y bella
cual rosa del fragante pensil de Jericó.

Y en sus inescrutables designios tan profundos
el que es Omnipotente, por redimir los mundos,
doliéndose del hombre, del misero mortal,
magnánimo a la muerte se ofrece, y su fortuna
encuentra en un pesebre que escoge para cuna
y toma por morada un lóbrego portal.

El recio y duro pasto que en el establo había
residuo del ganado que allí comer solía
fué el lecho primitivo del que creó la luz:
presagios infalibles en su divina mente
rebullen incesantes, y llora porque siente
que su postrero lecho será una infame cruz.

Y el soplo de una mula y el hálito de un buey
abrigan a este infante de tierra y cielos Rey
del frío de la noche que arrecia con rigor;
la Virgen madre tierna le esconde en su regazo,
su faz cubre de besos y en amoroso abrazo
se funden sus dos almas en éxtasis de amor.

Venid, ricos potentes, que domináis la tierra,
y ved que cuantos bienes vuestra avaricia encierra
no calman los deseos de vuestro corazón;
vosotros que habitáis palacios suntuosos

y al pobre despreciais con tonos orgullosos,
mirad tan bello cuadro que causa admiración.

Mirad, oh poderosos: el rico por esencia,
rompiendo vuestro orgullo y fría indiferencia,
os enseñó un magnífico ejemplo de humildad:
nació en aquella cueva sufriendo la pobreza,
porque del hombre impío la férrea dureza
al verle humilde y pobre negó su caridad.

.....

¿Con qué te paga el hombre, Jesús tu sufrimiento
cuando por él dejaste tu celestial asiento
bajando a libertarle de fiera esclavitud?
¡Lo viste desde el cielo muy próximo al Averno
y de él compadecido dejaste al Padre Eterno!
¡mas él te corresponde con negra ingratitud!

¿Porqué, Dios de justicia, al ver tal villanía
no rásganse los cielos y se oscurece el día
y al hombre no destruyes que contra Ti pecó?
¿Porqué la diestra mano con que formaste el mundo
al fuego del infierno, abismo tan profundo,
en vuestra justa ira potente no arrojó?

Mas no, no lo destruya tu mano omnipotente;
que, si eres un Dios justo, también eres clemente,
y si el pecado es grande, mayor es tu bondad;

perdona mis maldades, perdona mi extravío;
por mi sufriste tanto, y yo fui, Jesús mio,
el que contigo ingrato no tuvo caridad.

Extingue mi pecado, que en llanto ya deshecho
abriendo estoy las puertas de mi amoroso pecho
para que alegre vengas a renacer en él;
el corazón lipiadme de hieles y amarguras,
al par que me lo colmes de mieles y dulzuras
y así de amores lleno te sea siempre fiel.

LA ANUNCIACIÓN DE LA VIRGEN

UN profeta, ocho siglos hacia,
al mundo anunció
que una casta doncella sería
la Madre de Dios.

Ya llegaba el ansiado momento,
ya empezaba a tener cumplimiento
la antigua visión;
ya iba a obrarse el misterio grandioso
de que el Verbo encarnara amoroso
y así sucedió:

Era un día; en su pobre morada
humilde y postrada
con fé sin igual,
una joven mujer nazarea
allá en Galilea
rezaba a Jehová.

De repente aparece en la estancia
con fina arrogancia
gallardo doncel;
es un ángel del Cielo que envía
el Hijo a María
del Dios de Israel.

La morada se inunda al instante
de un rayo brillante
de luz celestial,
y al fulgor que deslumbra y que brilla
se turba y se humilla
la Flor virginal.

El mancebo se postra y la adora
y a hablar comenzó:
«Dios te salve, Princesa y Señora;
desde el trono sublime del Cielo
Dios clemente mirando hacia el suelo
sin mancha te vió.
Dios te guarde, sencilla azucena
de puro candor;
ya de gracia divina estás llena,
ya entre todas las otras mujeres
para siempre bendita tú eres,
ya en ti está el Señor.»

La doncella escuchó reverente
del ángel la voz;
e inclinando su nítida frente
turbada quedó.

—«No temas, María,
que yo soy el arcángel Gabriel,
que a decirte esta nueva me envía
el Dios de Israel:

En tu puro y castísimo seno
de inocencia y candor siempre lleno
a Dios llevarás.

No te turbe, Señora, ni asombre,
tú del Verbo divino Dios-Hombre
la Madre serás.» —

Al oír tan feliz maravilla
tiñó su mejilla
un vivo carmín
y temiendo manchar su conciencia
con pura inocencia
al nuncio habló así:
«¿Es posible, doncel peregrino?
¿Una esclava del Verbo divino
la Madre será?
¿Yo que estoy con el voto ligada
de una hermosa virtud consagrada
al mismo Jehová?
¿Yo del Hijo del Padre dichosa
la Madre seré,
siendo virgen, y casta y esposa
del casto José?

«¿Por ventura ha de ser impotente,
—el arcángel Gabriel replicó—

aquel Ser cuya mano potente
al espacio los mundos lanzó?
Pues no temas, que Virgen y madre
del Hijo del Padre
serás a la par,
porque Dios tu inocente pureza,
tu casta belleza
no habrá de manchar.
Del Señor tu plegaria piadosa
al trono llegó,
y el Espíritu Santo su esposa
para El te escogió.»

Al punto la Virgen
responde a Gabriel:
«Sea en mí tu palabra cumplida;
aquí tienes la esclava rendida
del Dios de Israel.»

Entonces el ángel
cumplió su misión,
y a la humilde doncella alabando
a los cielos el aire cruzando
ligero voló.

.....
Era un día; en su pobre morada
se hallaba postrada,
rezando al Señor,
una joven hermosa israelita,
la Virgen bendita,
la Madre de Dios...

LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN

En dilectus meus loquitur mihi: Surge,
propera, amica mea, columba mea, formosa mea,
et veni.

(Cant. cant. II. v. 10).

I

EN las regiones de Oriente,
en Jerusalén la hebrea,
duerme en su humilde morada
una mujer nazarena
de incomparable hermosura,
dotada de gracia inmensa,
de esbelto talle, ojos negros
y dorada cabellera,
son sus labios de rubíes
y su tez algo morena;
sobre su cándido seno
sus manos cruzadas muestra
y una argentada aureola
ciñe su hermosa cabeza;

mas duerme el sueño de muerte
de la cual no estuvo exenta,
si bien es sueño bendito
del que en el Cielo despierta.

Alli está su hijo adoptivo
que el lecho mortal rodea
y que al universo entero
en tal duelo representa;
también allí de rodillas
desconsolados se encuentran
los famosos pescadores
del mar de la Galilea
que están llorando como hombres
la orfandad en que los deja
con su dulcísimo sueño
esa mujer nazarena;
pero luego de su llanto
como santos se consuelan,
porque saben que en el Cielo
ha de serles su defensa,
porque saben que es su madre,
madre de Dios, madre nuestra,
porque saben que es María
Reina de Cielos y tierra,
porque saben que es la Virgen
la dormida nazarena.

.
.
.

II

Murió, y al punto las nubes
rasgando su espeso velo
dieron paso a mil querubes
que descendían del Cielo.

Y en vez de plañir sombrío
triste y frío
un cántico funeral,
entonan todos a coro
un sonoro
canto divino edénico.

Entre su canto se oía
la voz de Dios que decía
con acento regalado:

«Amiga mía,
«levanta y ven al Carmelo
«que en mi Cielo
«yo para ti he preparado,
Virgen María.»

En tanto que iba cantando
decires del casto Esposo
iba los aires cruzando
aquel escuadrón glorioso.

Y oyóse en la lejanía
la armonía
de su rítmico cantar,

de sus arpas y divinas
mandolinas
el mansísimo sonar.

En la espesura sombría
la cántiga repetía
el eco allí reflejado:

«Paloma mía,
«levanta y remonta el vuelo,
«ven al Cielo,
«que aquí te espera tu Amado,
«Virgen María.»

Un dosel forman con plumas
escogidas a millares,
más blancas que las espumas
de los turbulentos mares.

La suavísima y serena
cantilena
esparce el aura veloz,
y el eco allá en el Oriente,
diligente,
repitió la misma voz.

Siempre incesante se oía
a compás de la armonía
el cantar enamorado:

«Hermosa mía.»
«levanta, ven, apresura,
«alma pura,
«que aquí te espera tu Amado,
»Virgen María.»

Y al acercarse cantando
la angélica muchedumbre
iba en el hogar entrando,
rota la vieja techumbre.

Al inundar la morada
argentada
fúlgida luz celestial,
convirtiéndose en paraíso
de improviso
la morada terrenal.

Allí a la Virgen María,
aquel coro repetía
el tierno canto inspirado:
«Paloma mía,
«levanta y remonta el vuelo,
«ven al Cielo
donde te espera tu Amado,
«Virgen María»

III

Aquel cortejo glorioso
cantó en la humilde morada
este cantar amoroso
que el divino casto Esposo
escribió para su Amada:

«Tengo un jardín delicioso
«de suavísimos aromas
«emanados de las flores

«reservadas para ti;
«tengo un vergel rumoroso
«donde hay nidos de palomas
«de castísimos amores
«que arrullan en pos de mi.

«Allí hay manzanos floridos
«de verdes y olientes pomos,
«allí hay frondosas palmeras
«que se asemejan a ti;
«hay allí cedros erguidos,
«aromosos cinamomos,
«hay alondras mañaneras
«que cantan en pos de mí.

«Riega mansa el blanco nardo,
«el plátano, el teberinto,
«la corriente plateada
«de un arroyo que hay allí;
«y crece el lirio gallardo
«y el oloroso jacinto
«junto a una fuente sellada
«que me musita de tí.

«Allí hay humildes violetas,
«hay dorados mirabeles,
«hay cándidas azucenas
«y racimos de Engaddí;
«y en las umbrosas glorietas
«hay encendidos claveles

«y rosas, en cuyas venas
«su amor copiaron de tí.
«Al pié de la blanca arena
«del arroyo sosegado
«haremos un blando nido
«y moraremos allí;
«pues ven, mujer nazarena,
«que tengo un huerto cerrado,
«que tengo un vergel florido
«que se asemejan a tí.»

Así que el canto acabaron
de las cítaras al són,
ante el lecho se inclinaron
y a la Virgen colocaron
en su rico pabellón

IV

Veloz marchaba al cielo, la Virgen elevando,
la atmósfera surcando,
alígero escuadrón;
y allá sobre la arena de playas no remotas
se escuchan dulces notas
de mística canción.

Sobre el dosel la Virgen se hallaba colocada
y estaba coronada
de célico fulgor,

y al paso de la Virgen la brisa lisonjera
su rubia cabellera
esparce en derredor.

El mar en sus tranquilos y límpidos cristales
en formas tan reales
su imagen dibujó,
que viendo de María la cabellera blonda
a ensortijar sus ondas
azules aprendió.

La cándida azucena copióle su pureza,
la rosa su belleza,
la viola su humildad;
y en todos los amenos y místicos vergeles
copiaron los claveles
su ardiente caridad.

Al bosque la belleza, la gracia y hermosura
de su verde espesura
la Virgen se las dió;
y todo el universo, al contemplarla bella,
atónito su huella
copió cuando pasó.

Abriéronse los cielos con ruido rumoroso
y en ellos el Esposo
radiante se asomó;

y al ver que en los confines del Cielo aparecía
la angélica María
un cántico entonó:

«¿Quién es esta que sube tan bella y seductora
«cual la naciente aurora
«teñida de arrebol?

«¿Quién es esta elegida, graciosa cual ninguna,
«hermosa cual la luna
«y rubia como el sol?

«¿Quién es esta que sube por el desierto inmenso
«cual humo del incienso
«que esparce grato olor?

•Miradla: que es mi Amada, paloma del Carmelo
«que ya remonta el vuelo
«al nido de su amor».

.
.

El coro iba salvando las puertas eternas;
del Cielo en los umbrales
la Virgen despertó;
y entráronla en la Gloria cantando los querubes
y el velo de las nubes
ligero se cerró.

CON FLORES A MARIA ⁽¹⁾

V ENGO a tu altar, Madre mia,
a ofrecerte lindas flores
que en esos verdes alcores
nacen para Ti, Maria.
Quizá ofrecerte podría
otras flores mas hermosas:
dalias, claveles y rosas
de más aroma y color;
mas . . . te doy las de mi amor
que son flores mas preciosas.

¡Mirame, Madre! ¡Aquí hoy
te traigo estas florecillas
que son pobres y sencillas
como sencilla yo soy.

(1) Poesía premiada en el concurso organizado por "La Crónica de León", en Abril de 1923.

Pero con ellas te doy,
oh Virgen, más bellas flores
que te agradan por mejores
que las que dan los jardines;
pues son lirios y jazmines
del jardín de mis amores.

Así pues, Madre, aceptad
el jazmín de mi pobreza,
el lirio de mi pureza,
la viola de mi humildad.
Vos, Señora, cultivad
el jardín de mis amores
para que crezcan las flores,
que hoy os consagro, lozanas,
y os ofrezcan siempre ufanas
su perfume y sus colores.

No las desprecies, María,
y vela por mi inocencia,
que en tu infinita clemencia
mi corazón se confía.
Puesto que eres, Madre mía,
en tu divina grandeza
ejemplar de la belleza . . .
¿no te agradará la flor
de mi humildad y mi amor
y el lirio de mi pureza?

Si por desgracia algún día
soy a mi promesa infiel

y se marchita el vergel
de mis virtudes, María . . .
¡Riégalo Tú, Madre mía,
con tu gracia y con tu amor!
¡Préstale luz y calor
y volverá a florecer,
y te volveré a ofrecer
de mis virtudes la flor.

ADORACIÓN DE LOS PASTORES AL NIÑO-DIOS

(ESTREMEÑA)

I

Es media noche; y el campo
cubierto está de rocío.
Camino van de la gruta
de Belén, donde ha nacido
el Redentor de los hombres,
Hombre y Dios a un tiempo mismo, *
tres pastores de judea
que allá en los campos vecinos
han dejado su ganado
encerrado en el aprisco
por ir a adorar al Verbo
hecho por los hombres niño.
Van presurosos y alegres
por contemplar el prodigio

que les anunció en sus chozas
el mensajero divino;
llevan en la mente ideas
de salvación y de abismo,
al pensar que del profeta
se ha cumplido el vaticinio,
y en el corazón amores
para aquel tierno infantito;
los tres llevan sus regalos
para los padres y el Hijo;
porque nació en la pobreza
el que es por esencia rico
por dar ejemplo a los hombres
de abnegación y heroísmo.

.

Llegan, por fin, a la cueva
donde se ha obrado el divino
misterio de hacerse hombre
el Unigénito mismo
del Señor Omnipotente,
como estaba prometido,
y al verlos llegar María
así a los pastores dijo:
«Entrad, entrad, oh pastores,
venid al niño a adorar,
que es mi Hijo Dios de amores
que viene el mundo a salvar.»
Entran los tres al establo,
y al ver al hermoso niño
reclinado en un pesebre

y sobre pajas tendido,
envuelto en pobres pañales
como el ángel se lo dijo,
llenos de santo respeto,
inocentes y sencillos,
el sombrero en su cayado,
y de temor comovidos,
se postran todos en tierra
y adoran al infantito
hablando así cada uno
al hermoso y tierno niño:

II

PASTOR 1.º

«M'a contao un angelino
que vienis a rescatal
del pecao y del infierno
a toa la Humanidá.

Y por esto solamenti
tienes antis que sufril
lo que tos los hombris juntos
no podrían resestil.

Y que n'amás que por eso
has nació en el portal
sin tener pa na en cuenta
el relenti y la humedá...

¡Habel nació en mi choza!
verías lo abrigá que es,
que yo no la cambiaría
por el palacio del Jues.

En ves de paja tendrías
las pielis de un recental,
y en ves de juelgo de mulas
fuego habías de encontral.

M'an dicho que no han querido
dalti posá en Belén;
¡ay, není del alma mía,
si lo llego yo a sabell!

En otra parti no habieras
veníó tu a descansal
sino en mi pobre cabaña
que es mejor que esti portal.

¡Y que por salval al hombre
y también salvalmi a mí
en una crus clavaino
vas a la postri a moril...!

¡Güelvite andi has venió
que el hombri que hay por acá
es mu desagraecio
y no lo sabi estimall!

Si no te vas, tú solino,
cuando lleguis a mayol
has de dicil muchas vecis
que yo tenía razón.

Pero...no; no te nos vaigas
pa que nos pueas salvál,
que pué que sino pereza
tūita la Humanidá.

No te nos vaigas al cielo,
estate quietino aquí,
y toma esti borreguino
pa tus padris y pa ti.»

PASTOR 2.º

«Demi usté, señá Maria
esti neni angelical
que lo tenga, que lo besi,
que lo agasaji un zagal.

Que ya se lo estoy quisiendo
porque es el Hijo de Díos,
aunque también lo quisiera
si solo fuesi de Vos.

Pues yo no sé qué me pasa
dendi que la cueva vi;
que por usté y por el neni
estoy quisiendo moril.

Y no por esto que digo
se ofenda usted, Don José;
porque usted quedará que quieran
a su neni y su mujel.

¡Miá qué carina tan linda
y que labios de rubí,
y que ojinos tan graciosos
que me dicin: ven aquí!

Toma esti tarro de lechi
y esti peazo de pan,
que por venir tan a prisa
no pudi traelti más.

Pero te prometo, neni,
que mentris que aquí te estés,
te he de trael too los días
queso, lechi, pan y miel.

Yo no soy interesao
pero te quiero endical
que cuando estés en la gloria
te acueldis de esti zagal.

Porque sí, porque te quiero
y tú me tienis querel,
cuando por mí has venío
en un pesebri a nacel.

PASTOR 3.º

Y yo aunqui no sé de letras
te quiero también palra
esas cosinas tan guapas,
que t'han dicho los demás.

Que mentris que t'han jablao
no quisi mi boca abril,
pa que endispués que acabaran
te indicara mi sentil.

Y asin te digo que escuchis
lo que dici esti zagal:
que asin que vide tu cara
te estoy quisiendo el que más.

Porque tres o cuatro vecis
cuantis que has mirao pa mí,
me has jechao una risina
que m'ha jecho de reil.

Y altoncis he comprendió
que tú me tienis querel;
y digo pa mí, pa aentro:
pus hay que quereli a él.

Porque al que quieri, le quieri
tó el mundo en general,
y a aquel que quieri de veras
se le quieri mucho más...

¿Quieri la señá María
que le dé un beso n'amás
en esa cara que tieni
que paeci angelical?

¡Juy, que niño más jermoso,
y qué carina de sol,
que se me está paiciendo
jechura del mesmo Dios!

¡Juy, que boquina tan rica,
y qué ojinos de cristal,
y qué pelino tan rubio
que no dejo de mirall!

¡Juy, qué manicas tan finas,
y qué juerza que tendrán,
cuando con esas manicas
jechasti el mundo pa acá!

Porque yo sé que tú eres
el Hijo del mismo Dios,
que asin mos lo dijo el angel
cuando de ti mos jabló.

Pero... ¿tienes frío, neni,
que estás quisiendo lloral?
No me lloris tú, mi prenda,
que me vas a dijustal.

¿Cómo estás tan en coretis
siendo tú el amo de tó?
¿Cómo estás pasando frío
si tú jicistes el sol?

¡Mira qué dos lagriminas
le están saliendo a la pal,
que paecin del rocío
como pelras de cristall!

Cuando llegui a mi cabaña
voy a mandalti trael
pañalis pa que te abriguis
y te calientis los piés.

Y toma dos corderinos
que he cogio del redil,
pa tu padri, pa tu madri,
y esti pellico pa ti.

¡Y cuánto siento, mi prenda,
dejalti en esti portal...!
pero va viniendo el día
y me tengo que ausental.

Que dejé el ganao solo
a motivo de venil
desque supí por el angel
que habías nacio aquí.

Y dili luego a tu madri
que t'acostumbri mejol,
que asin que asomé al pesebri
me robasti el corazón.

Cantal, cantal, compañeros
al niño Dios de Israel,
que por el hombri ha nació
en un portal de Belén.»

LOS TRES

«Adios, adios niño hermoso,
niño mas bello que el sol,
te entregamos generosos
nuestro amante corazón.»

III

Así hablaron los pastores
adorando al niño Dios:
y así la Virgen Maria
carifosa les habló:
«Gracias, mil gracias, pastores;
mi niño os lo premiará,
que es mi Hijo Dios de amores
y El el cielo os abrirá.»

EL ALMA DEL POETA.

A DIOS

(SOLILOQUIO)

CUANDO allá en la selva umbría
escucho la melodía
de algún pájaro cantor,
exclamo de esta manera:
¡Oh, quién cantarte pudiera
con trinos de ruiseñor!

Cuando tras rosada aurora
el sol que los campos dora
vuelve de nuevo a brillar;
yo Te adoro reverente
en el templo de mi mente
levantándote un altar.

Cuando en la paz campesina
oigo la nota divina
de la gaita del pastor;

al compás de sus tonadas
elevo a Ti las rimadas
cantilenas de mi amor.

Cuando veo la riente
tranquila y mansa corriente
del rio que entra en el mar;
Te dice el corazón mío:
¡Señor, así como el rio
quisiera en Ti descansar!

Y cuando veo afanosa
a la abeja codiciosa
sobre el cáliz de una flor;
Te digo en tono de queja:
Como a la flor esta abeja,
¡ven a mi alma, Señor!

Y cuando escucho abatido
sobre las nubes el ruido
de la ronca tempestad;
mi razón que Te venera
Te dice: ¡Así yo quisiera
proclamar tu Majestad!

Y si contempla extasiada
la grandeza ilimitada
del mar y su inmensidad;
entonces yo considero
que es más inmenso el venero
de tu Gracia y tu Bondad.

Y cuando el sol moribundo
va cayendo en lo profundo
de solemne atardecer;
alzo mi mente y Te digo:
Yo como el sol Te bendigo
en tu infinito poder.

Y al ver una de esas bellas
noche colmada de estrellas
del espacio en la región;
siente nostalgias el alma
y meditando en la calma
se consume el corazón.

Si del Cielo en los confines
contemplo los querubines
amándote sin cesar;
confuso y turbado exclama
mi corazón que Te ama:
¡Como ellos Te quiero amar!

LA ORACIÓN DEL HUERTO

Es de noche y ya invaden las tinieblas
de las Olivas el ameno Huerto;
todo allí es soledad, todo amargura
encerrada en las sombras de un misterio.

El torrente Cedrón con sus cascadas,
y las aves nocturnas con su vuelo,
el susurro apacible de las frondas
al mecerse agitadas por el viento
turbando están en sosegada calma
su paz y su silencio.

Allá junto a una gruta
que se halla en aquel huerto,
hay un hombre postrado de rodillas,
un hombre que parece nazareno;
su alma se halla triste,
su rostro del dolor es un reflejo.

Aquel hombre es el Hijo de María;
es el Dios que encarnó en su puro seno.

Lleno de mil congojas y amarguras,
con las manos cruzadas ante el pecho,
en aquellas calladas soledades
dirige esta plegaria al Padre Eterno:

«Padre mio, le dice, si es posible,
«pase de mi este cáliz de tormentos;
«pero. . . hágase según determinaste
«y no como yo quiero,
«porque la humana ofensa
«nadie puede expiarla cual yo puedo.»

A sus ojos preséntanse sombríos
las espinas, los clavos y el madero,
el grito de la plebe
que otra vez le aclamara en el desierto,
la ingratitude del hombre
con quien quiere formar un nuevo reino;
y abismado Jesús en su plegaria

en estos pensamientos
su alma se llena de mortal congoja
y un copioso sudor baña su cuerpo,
y vierte en su sudor gotas de sangre
con que riega la tierra de aquel huerto.

Y sostiene a Jesús desfallecido
un ángel que ha bajado de los cielos.

.....
Se levanta, y después de algunos pasos
encuentra a sus apóstoles durmiendo:

«Velad y orad; les dice,

«que para no caer es el remedio;
 «que ya la hora se acerca
«en que el Hijo del Hombre sea preso
 «por la negra perfidia
«del discípulo infiel y traicionero.»

Y después de haber dicho estas palabras
se vuelve a su oración con más denuedo,
y segunda y tercera vez repite
la misma petición, el mismo ruego,
y decide apurar hasta las heces
el cáliz de tormentos. . .

LAUDATE MARIAM (1)

(CANCIÓN)

QUIERO cantarte, oh Virgen de mis amores,
como en el bosque cantan los ruiseñores.
¡Oye, Madre querida! ¡Llena mis cantos
de la gracia y dulzura de tus encantos!

Eres, bendita Virgen, Inmaculada,
más limpia que las luces de la alborada;
eres la matutina fúlgida estrella,
que al Cielo guía al alma, radiante y bella.

Pureza sin mancha, mística aurora,
amoroso consuelo del que te implora;
escala misteriosa, sellada fuente,
huerto de los amores del Dios potente.

(1) Poesía premiada en el certamen organizado por la «Crónica de León» en Abril de 1923.

Rayo de luz divina, concha amorosa
que encerraste la perla mas generosa.
Acueducto de gracia y de favores
con que Dios enriquece los pecadores.

De la ciencia divina trono y asiento,
porque fuiste del Verbo vivo aposento.
Como cielo sin nubes es tu alma pura,
sin celajes, sin mancha, toda hermosura.

Sin sombra de pecado Jehová te hizo,
y al ser llena de gracia fuiste su hechizo,
su delicia inefable, su dulce encanto,
e imán de los amores del Amor Santo.

En Ti se recrearon las tres Personas
y en tus sienes pusieron las tres coronas
de humildad, de pureza y amor divino
porque el Verbo a hacer suya tu carne vino.

El querub se embelesa con tu mirada,
los ángeles te cantan: ¡Inmaculada!
y de Ti enamorado Dios se extasia
al contemplarte pura, Virgen María.

Tú fuiste la esperanza de los profetas
y el amor dulce y casto de los ascetas;
y al apóstol le diste tu inmenso fuego
para curar las llagas del mundo ciego.

Tus glorias ensalzaron sabios doctores
que fueron en la Iglesia los trovadores
de tu amor, de tus gracias, de tu hermosura,
de la inmensa belleza que en Ti fulgura.

Su inspiración las bellas artes te deben,
porque en Ti los artistas todos la beben
pues eres la criatura mas peregrina
de sublime belleza fuente divina.

Eres de lo creado Reina y Señora
y la naturaleza bella te adora,
porque Tú, Virgen pura, Tú sola eres
lo más bello y hermoso de entre los seres.

¡Oye, Madre, este canto de mis amores
y recibe este bello ramo de flores. . !

A LA NIÑA PILAR SAN JOSÉ PUERTO

EN EL DÍA DE SU PRIMERA COMUNIÓN

I

JAMÁS tu razón, Pilar,
podrá nunca concebir
ni en sueños has de soñar
otro bien más singular
que el que acabas de sentir.

Una dicha no sentida,
es un placer no soñado,
una gloria prometida,
una honra inmerecida,
es un bien no imaginado.

El Dios del Cielo escondido
en el Santo Sacramento

quiso buscarse hoy un nido
y en tí puso el pensamiento
por tí de amores rendido.

Y tú que obediente fuiste
al llamamiento que oíste,
respondiendo a sus clamores,
buscando al templo acudiste
al Amor de tus amores.

Allí sentiste que Dios
te dijo una vez y dos;
«Yo soy tu Dios; soy tu amigo,
levanta, ven de mí en pos
que quiero unirme contigo.»

Se fijó en tu devoción,
le agradaron las ternuras
de tu férvida oración,
y de mis manos impuras
se pasó a tu corazón.

.

¿Y qué sentiste al entrar
Dios en tu inocente pecho
donde para descansar
le levantaste un altar
y sobre el altar un lecho?

¿No experimentaste, dime,
algún placer especial,

una dicha angelical,
sensación de lo sublime,
visión de lo celestial?

¿No percibiste el sonoro
canto que todos a coro
los ángeles entonaron,
ni las notas que lanzaron
al aire sus arpas de oro?

Cuando de amores deshecho
entró el Señor en tu pecho
y recogiendo tu mente
le adoraste reverente
¿qué le dijiste? ¿Qué has hecho?

¿No le has pedido favores?
¿No le has dicho que lo amas?
¿No le has dicho que te inflamas
con los divinos ardores
de sus amorosas llamas?

¿No obligaste su poder
rogando en favor de aquellos
que a ti te dieron el ser?
¿No has pedido para ellos
la paz, la dicha, el placer?

Pero paz, dicha, ventura
espiritual, cristiana,
que dá a la vida dulzura;

no felicidad mundana
que nunca es completa y pura.

¡Qué alegría, qué placer
habrás sentido, Pilar!
Dios te ha dejado entrever
la Gloria que te ha de dar
si la sabes merecer.

Jamás podrás concebir
ni en dulce sueño soñar,
ni más plácido sentir,
ni más hondo bienestar,
ni más alegre vivir.

Graba bien en tu memoria
tu primera Comunión;
que te ha de saber a gloria
su recuerdo, y en tu historia
será tu mejor blasón.

II

Te voy un consejo a dar
que nunca habrás de olvidar,
para que aprendas a ser
modelo de la mujer
y alegría de tu hogar.

«Has de amar y obedecer
a tu padre y a tu madre

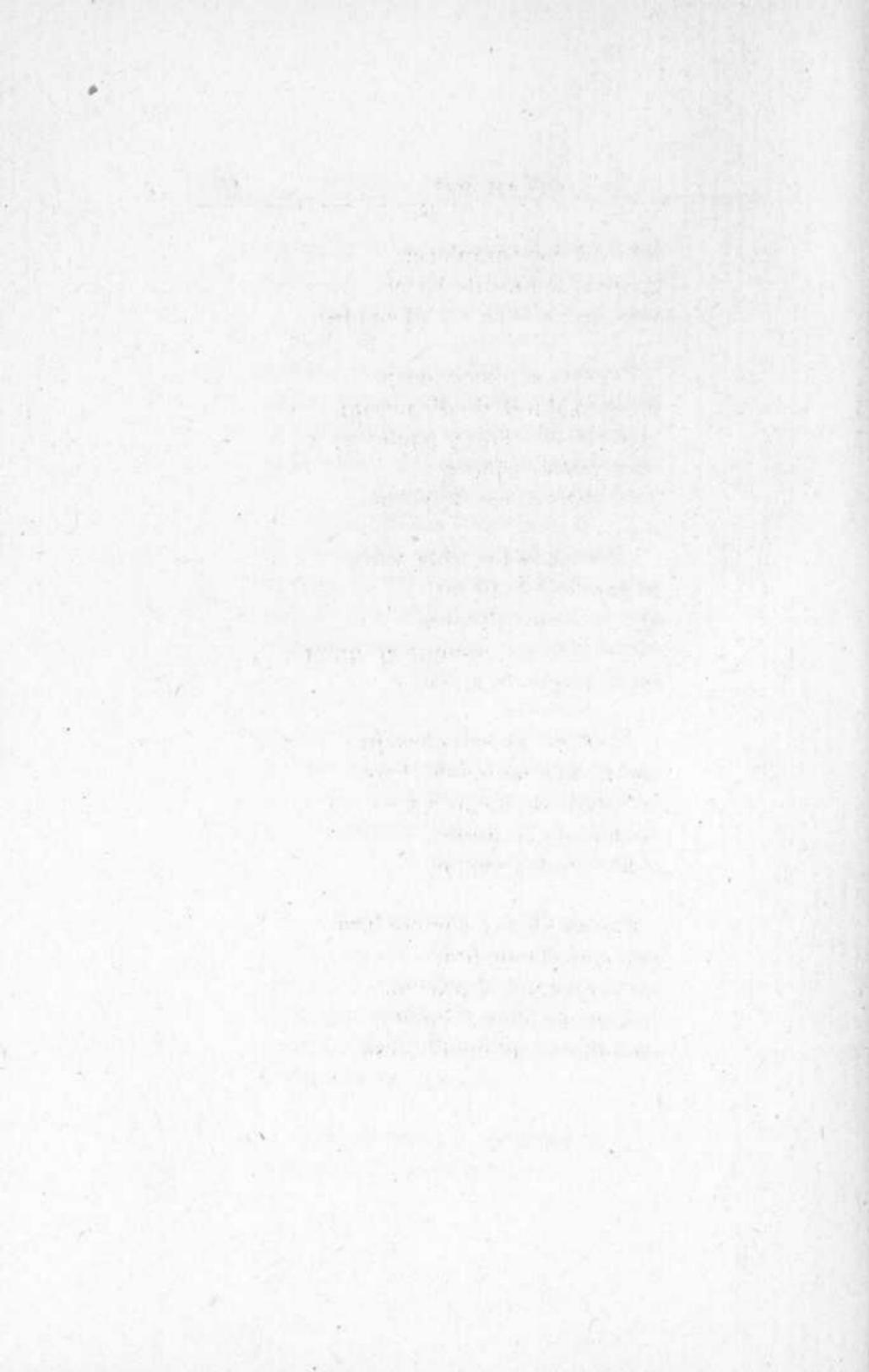
sabiéndolos complacer,
y jamás habrás de hacer
cosa que a ellos no les cuadre.

Procura ser hacendosa
siempre al trabajo dispuesta;
sencilla, humilde y modesta;
en el trato cariñosa
y en tus acciones honesta.

Nunca la soberbia artera
se apodere de tu ser;
que la mujer altanera
viene siempre, aunque no quiera,
en el desprecio a caer.>

Si observas este consejo
que te dice un joven viejo
tu habrás de llegar a ser
modelo de la mujer
y de virtudes espejo.

Piensa bien, y con cordura
este consejo medita;
verás que con él procura
hacerte un bien, Pilarcita,
este que te quiere, El Cura.



LA VERÓNICA

BAJO el rústico madero
de una cruz larga y pesada
el Salvador de los hombres
al monte Calvario marcha
entre ultrajes y blasfemias,
entre golpes y amenazas
de una turba descreída,
y más que incrédula ingrata,
que a voces pidió su muerte
gritando desahogada:
«¡¡Que muera!! y si es inocente
su sangre en nosotros caiga.»
Una corona de espinas
punzantes su sien taladra
y en hilos rojos su sangre
por su hermosa faz resbala,

y oprime con aspereza
una sogá su garganta.
Lo conducen a empellones
guardias de escolta romana
que le escupen, le escarnecen,
su Divina faz ultrajan,
y le hacen caer en tierra
bajo el peso de la carga;
y dándole rudos golpes
con los cuentos de las lanzas,
y tirando de la sogá
de la tierra lo levantan.

Está su rostro cubierto
por la sangre que derrama
y por la inmunda saliva
de aquellas fieras humanas,
y su semblante revela
la tristeza de su alma.

Jesús va callado cual manso cordero
que va al matadero
dispuesto a morir,
y en tanto aquel pueblo malvado y precito
levanta su grito
al verle sufrir.

De pronto la turba bullente de enojos
ponía los ojos
en una mujer

que allá entre las lanzas veloz avanzando
se va aproximando
queriéndole ver.

En vano la guardia el paso detiene
de aquella que viene
mujer varonil;
con pecho esforzado mantiene su imperio
y pisa el dicterio
de un pueblo tan vil.

Así despreciando el falso, indiscreto
humano respeto
al reo llegó:
se quita serena su velo plegado
y el rostro afeado
de Cristo limpió.

Y en premio del acto de aquella piadosa
mujer generosa,
valiente y audaz,
Jesús dolorido dejó en las dobleces
del velo tres veces
impresa su faz.

Al ver tal prodigio la plebe insensata,
incrédula, ingrata
suspensa quedó;
pero ebria de sangre con voz aún más fuerte
pidiendo su muerte
de nuevo gritó.

A MI MADRE
LA SANTISIMA VIRGEN DE GUADALUPE

(CANCIÓN)

Yo quisiera, Madre mía,
 escalar esas alturas
que coronan las montañas
 y dominan las llanuras
de mi pueblo donde habitas
 y tu imagen adorar;
y en humildes y sencillos
 melancólicos cantares
descubrirte cariñoso
 mis congojas y pesares
como amante bardo tuyo
 prosternado ante tu altar.

Yo quisiera que el acento
 de mi voz aun balbuciente
los espacios recorriera
 desde Ocaso hasta el Oriente,

desde el Norte al Mediodía,
desde el Cénit al Nadir;
yo quisiera un arpa eolia
que acompañe mis canciones
y que el eco rumoroso
de sus tiernas vibraciones
las montañas de Altamira
lo pudieran repetir.

Y tan grandes son mis ansias,
y es tan grande mi deseo,
porque sufro al no mirarte,
porque gozo cuando veo
de mi pueblo que es tu pueblo
el hermoso despertar;
porque ya va sacudiendo
la glacial indiferencia
que cual cáncer ponzoñoso
corrompiera la conciencia
pretendiendo que tus hijos
te llegaran a olvidar.

Pero no; nunca ha logrado
que olvidaran tus favores
y burlaran descreídos
esa fé de sus mayores
que tu nombre sacrosanto
en sus almas esculpió;
porque Tú, Virgen bendita,
eres lancha salvadora

del que cruza el mar revuelto
de esta vida halagadora
y arrollado por la fuerza
de sus olas naufragó.

Porque Tú eres faro ardiente
colocado en esa altura
que corona las montañas
y domina la llanura
donde vive el extremeño
al amparo de tu luz;
porque Tú, Reina adorada,
eres oasis que el incierto
solitario peregrino
de la vida en el desierto
halla siempre en la aspereza
del camino de la Cruz.

.....

Pero yo llegar no puedo
a las cumbres de tu sierra
para ver la hermosa joya
de ese templo que te encierra,
adorar tu santa imagen
y tus glorias contemplar;
ni en humildes y sencillos
melancólicos cantares
descubrirte cariñoso
mis congojas y pesares
como amante bardo tuyo
prosternado ante tu altar.

¡Y me dicen que te cante!
 ¡Que te cante, Madre amada,
 cuando no miro tu imagen
 que es la dicha mas ansiada
 a que aspira mi alma triste
 oprimida del dolor!
 Cantaré cual pajarillo
 que del bosque en la espesura
 canta en sonos lastimeros,
 en endechas de amargura,
 cuando aleve mano torpe
 roba el nido de su amor

.

¡Oh Madre, consuela a mi alma afligida,
 que es triste el destierro y amarga la vida
 que vivo sin Tí!
 ¡Que está mi camino sembrado de abrojos
 que hieren mis plantas; Señora, tus ojos
 no apartes de mí!

Que yo sé que el hombre que llega a tu ermita
 y lleno de penas te dice su cuita
 con férvida fé,
 recibe en el alma alivio a su duelo
 y encuentra seguro de dichas un cielo
 que allí se entrevé.

Que el templo que guarda tu imagen es puerto
 que busca con ansias el náufrago incierto

que no sucumbió,
que al ver el peligro cercano, inminente,
vió en Tí su refugio y orando ferviente
a Tí se acogió.

Yo sé que la gloria que brinda esta vida
es dicha traidora, fugaz, fementida,
es muerte fatal;
yo sé que quien cifra en Tí su esperanza
por Tí solamente las dichas alcanza
del mundo etenal.

Yo sé que eres, Virgen, la Madre amorosa
del alma creyente que humilde y piadosa
de Cristo va en pos;
yo sé que tú eres, beldad peregrina,
canal que reparte la gracia divina
que viene de Dios.

Dirige los pasos, ¡oh Reina y Señora!
de mi alma doliente que te ama y te adora
con fé y devoción;
de mi alma que acecha la sierpe maligna
de fauces hambrientas; y escucha benigna
su amante oración.

No permitas que mi alma
sea nunca mancillada
por la baba envenenada
de la víbora infernal,

ni consientas que la musa
que me trae inspiraciones
manche nunca mis canciones
con aliento mundanal.

No me dejes, Madre amante;
no me niegues tu cariño,
que tu nombre desde niño
en mis penas invoqué;
ese nombre sacrosanto
que mis padres me enseñaron
porque siempre te adoraron
como yo te adoraré.

Hermosísima Pastora,
Virgen santa, no permitas
que la tierra que Tú habitas
rinda culto a Lucifer,
que no es bien que la que riges
escogida grey amada
por sus huestes destrozada
Tú la dejes perecer.

No consientas que los hijos
que te adoran reverentes
se separen imprudentes
del redil de nuestra fé,
ni que el lobo carnívero
que la errante oveja espera
sacie nunca su hambre fiera
con la que antes tuya fué.

.

Esos hijos predilectos
que jurándote homenaje
hoy te rinden vasallaje
humillados ante Tí,
a tu altar llevan los ecos
de nostálgicas canciones
y rumores de oraciones
que te hacemos desde aquí.

¡Madre mía! Tú lo sabes,
y amorosa las escuchas,
porque muchas de ellas, muchas. . .
son gemidos de dolor.
¡No nos dejes olvidados,
ni retires esos ojos,
que la vida causa enojos
si nos niegas Tú el amor!

Poesía leída en la velada literario-musical que organizó en Guadalupe el día 2 de Junio de 1908 la Junta de Peregrinación de Seminaristas extremeños en honor de la Augusta Patrona de Extremadura la Santísima Virgen de Guadalupe, a cuya peregrinación no pudo asistir el autor.

EN LA CALLE DE AMARGURA

CON la faz ensangrentada y denegrada,
agobiado y oprimido bajo el peso
de la cruz, va jadeante hacia el Calvario
caminando lentamente el Nazareno
como víctima inocente
que es llevada al matadero,
soportando mansamente las afrentas,
y las burlas, y los golpes, y denuestos
de una chusma amotinada
de soldados y de pueblo
concitada inicualemente
por los odios del altivo fariseo.
Mil espinas que coronan su cabeza
otras tantas mil heridas le han abierto
que su sangre redentora
en copiosos hilos rojos van vertiendo.

Una soga lleva atada a la cintura,
y un dogal lleva en el cuello
del que tiran inhumanos
cuando exánime y rendido cae al suelo,
y a empellones lo levantan
y le hieren de las lanzas con los cuentos
y lo arrastran sin piedad aquellas fieras
desgarrándole su cuerpo.

Así marcha por la calle de Amargura
de los hijos de los hombres el mas bello,
el que echaba los demonios
y calmaba con su voz los elementos,
el que hizo desatar las mudas lenguas,
el que dió vista a los ciegos,
el que daba la salud a los leprosos,
el que dió vida a los muertos
y curaba toda clase de dolores
con el bálsamo divino de su acento;
el que al mágico poder de su palabra
por las áridas llanuras del desierto
arrastraba tras de sí las muchedumbres
que escuchaban reverentes los misterios
de la nueva religión grande y sublime
que hace al hombre de los Cielos heredero.
Así marcha por la calle de Amargura
el profeta galileo,
el que anduvo por los pueblos de Judea
sus carismas y sus dones repartiendo,
enseñando las doctrinas más sublimes
que los siglos nunca oyeron:

*el amor entre los hombres como hermanos,
el perdón de las injurias y desprecios,
la piedad para los tristes desvalidos,
la igualdad entre los libres y los siervos.
entre el rico y entre el pobre,
entre el noble y el plebeyo,
la limosna al indigente
y el camino que conduce hacia los Cielos.*

Así marcha entre las turbas sanguinarias,
encorvado bajo el rústico madero,
con el rostro enrojecido por la sangre
que le manan las heridas que le ha hecho
la corona de sarcástica realeza
que inhumanos sus verdugos le pusieron;
con sus carnes doloridas y sangrantes
por los bárbaros azotes que en su cuerpo
descargaron los sayones
con furioso ensañamiento.

¡Por las losas desiguales de la calle
va dejando de su sangre buen reguero!
Mas de pronto entre la turba se abre paso
dolorida una mujer de hermoso aspecto
que angustiada y temblorosa se encamina
con entrañas maternas hacia el reo.
Es María. Y las turbas sanguinarias
contuvieron sus alientos
por instinto compasivo hacia la madre;
y se impuso dominante aquel silencio
que en las grandes emociones
maniéstase elocuente, grave y serio.

Las mujeres compasivas en un grito
semiahogado de ternura y sentimiento...
¡Pobre Madre...! ¡Pobre Madre...!
tristemente prorrumpieron.

Los soldados que a su hijo conducían
los lanzones dirigiendo ante su pecho,
la quisieron detener; mas ella entonces,
malherida en su legítimo deseo,
dejó ver el resplandor de una mirada
tan divino, majestático y supremo...
que vencidos los soldados imperiales
sus lanzones y sus iras depusieron.

¡Se acordaron de sus madres
a pesar de sus feroces sentimientos!
Ella avanza hacia su hijo que la mira
resignado y oprimido bajo el leño:
y parece que la voz del inocente,
«¡¡¡Madre!!!», dijo con un triste y dulce acento.
«¡¡¡Hijo mío!!!» le responde entre sollozos
con amargo desconsuelo.

Nada más hablar pudieron Hijo y Madre
en momentos tan acerbos,
que la fuerza del dolor les impedía
las palabras, expresión de sus afectos;
que los labios nunca expresan
lo que siente el corazón roto y deshecho
por los fuertes vendabales
de agudísimos dolores y tormentos.

.

Y sus fuerzas flaquearon
y la Madre del Dolor cayó en el suelo
desmayada y sin sentido
sín oír ya los insultos y dicterios
que irritados a su Hijo dirigian
los fanáticos altivos fariseos.

.

Y las turbas se llevaron al profeta
a morir en el Gólgota sangriento.

MAS BELLA TE HIZO DIOS

Todos los seres, María,
cantan hoy en tu loor
y confiesan a porfia
que más bella te hizo Dios.

Bella es la rosada aurora,
bello el canto de alborada
que del bosque en la enramada
canta alegre el ruiseñor.
Pero más bella, María,
que la aurora y el süave
canto matinal del ave
es tu gracia y tu candor.

Bella es la limpia fontana
que mitiga los ardores,
bellas son todas las flores
que embalsaman el vergel.

Pero más bellas, María,
son tu gracia y donosura,
tu belleza y tu hermosura
porque eres la Reina de él.

Bello es el mar con sus hondas
que la inmensidad retrata,
bella la estela de plata
que deja la nave en pos.
Pero Tú del mar, María,
eres la Reina y Señora
que más belleza atesora,
pues más bella te hizo Dios.

Bello es el cóncavo cielo
que limita los espacios
donde miles de topacios
brillan en flotante tul.
Pero más grande, María,
que la celeste belleza
es tu gracia y tu pureza,
porque más bella eres Tú.

Musicada por los Maestros Blanco de Astorga y Arabalaza de
la Catedral de Zamora.

CONSUMMATUM EST...

Cesó la fiera saña, cesó el furor impio
con que su sed de sangre sació el pueblo judío
al ver que en el madero su víctima expiró;
cesaron los dicterios, calláronse las fieras,
dejaron ya de oirse las voces altaneras
del pueblo que la muerte del Justo presenció.

No se oyen ya los gritos de aquella turba impia
que loca y delirante placer fiero sentia
al verlo entre tormentos beber amarga hiel;
huyó la plebe ingrata, quedando solitario
el Gólgota sangriento, el monte del Calvario,
teatro ignominioso del drama más cruel.

Extiéndese la calma, escóndense las aves
y escúchanse gemidos monótonos y graves
en medio de espantoso silencio universal;
levántanse las nubes y agolpánse a montones
en haces apretados, en densos escuadrones.
y brama ya furioso el recio vendaval.

Huyó lleno de miedo aquel pueblo precito,
pesando en su conciencia el bárbaro delito,
dejando al Inocente clavado en una cruz...
Las rocas se despeñan, la tierra se extremece,
los vientos se desatan, el cielo se oscurece,
y queda aquella escena privada de la luz.

Veloces los espacios cruzaron las centellas,
sonó el fragor del trueno, temblaron las estrellas,
quedando aquel paisaje sin luz y sin color;
descarga el rayo airado, el viento y mar se agitan,
y se abren los sepulcros. los muertos resucitan,
mostrando todo el orbe señales de dolor.

Siniestros resplandores de rayos iracundos
la muerte iluminaban del que creó los mundos,
el cielo y del espacio la vasta inmensidad;
allí se halla María, la madre más amante,
de pié junto al madero y en forma suplicante
llorando sin consuelo su horrible soledad.

A LA INMACULADA ⁽¹⁾

(ODA)

Yo quisiera cantar, oh Madre mía,
tu gloria y tu grandeza,
tu gracia tu candor y tu pureza
con acentos de dulce melodía;
pero es tal mi miseria y mi pobreza...
es tan grosera la palabra humana...
que no encuentro palabras de belleza
que expresen tu belleza soberana.

Yo quisiera tejer un bello canto
digno de tu real soberanía,
expresión de la gracia y el encanto
que dió Dios a tu ser, Virgen María;

(1) Premiada con 300 ptas. en los Juegos Florales de Mérida en
Diciembre de 1922.

canto digno de ti, de tu hermosura,
y expresión de mi amor y mi ternura,
ya que hacia ti mi amor es tanto, tanto...
¡oh Virgen Madre mía!
que si pudiera más...más te amaría:
un canto que tuviera los acentos
de los dulces y armónicos concetos
que te cantan los ángeles a coro
al son divino de sus arpas de oro.

Un canto que encerrara los aromas
de las mas bellas flores,
de las mas ricas pomas,
las ternezas de todas las ternuras,
los deliquios de todos los amores
y las mieles de todas las dulzuras;
un canto que tuviera
la belleza de todas las creaciones
y los ritmos de todas las canciones;
y que este canto fuera
una bella corona diamantina
que yo mismo pusiera
en la blancura de tu sién divina.

Mas ¿qué es con tu belleza comparada
la belleza de todo lo creado?
Ni la luz nacarina
de la risueña y plácida alborada,
ni el iris en las nubes dibujado,
ni la radiante estrella matutina,
ni el tenue rayo de la opaca luna

sobre un fondo de estrellas tachonado,
ni el astro-rey, fecundador de vida.
tienen belleza alguna
que pueda compararse a la belleza,
la gracia y la pureza
que tienes recibida
al ser inmaculada concebida.

Todo es poco ante ti; todos los seres
no son sino figura
de tu celeste y mágica hermosura,
porque tú el ejemplar de todos eres.
Ni el mar que airado su melena agita,
imagen terrenal de la infinita
inmensidad de Dios omnipotente;
ni la mansa corriente
del arroyo que corre cristalino
sobre un lecho de flores
murmurando tu nombre peregrino;
ni la limpia fontana
que vierte su cristal por surtidores
y su sarta de perlas cuelga ufana
encierran para mi tanta belleza
como tienen tu gracia y tu pureza.

Ni la leve y pintada mariposa
que, agitada, febril y codiciosa,
liba el néctar del polen de las flores;
ni la flor mas hermosa,
ni el canto de los pardos ruiseñores

que sobre verde rama en primavera
desgranan la canción de sus amores
ante el nido de amante compañera;
ni el amoroso arrullo
de la grácil y cándida paloma,
ni voz humana de ignorado idioma,
ni el hablador murmullo
que el céfiro produce en la alameda,
ni el susurro del aura mansa y leda
encierran para mí la poesía
que tiene el dulce nombre de María.

Porque Dios en su mente creadora
pura te concibió e inmaculada,
más limpia que los rayos de la aurora,
más blanca que la luz de la alborada,
más esplendente que las hebras de oro
de este sol que ilumina nuestros días,
más suave que las dulces armonías
con que ensalzan los ángeles a coro
la gracia, la pureza y el hechizo
que te dió el Hacedor cuando te hizo.

¡Pura e Inmaculada!—dijo el Padre:—
Tesoro de candor y de hermosura
ha de ser la dichosa criatura
que del Verbo encarnado sea Madre.
¡Pura e Inmaculada!—el Verbo dijo:--
Vaso de gracia y de pureza lleno
ha de ser la que dentro de su seno
por virtud singular engendre al Hijo.

Y el Amor exclamó: ¡Será mi Amada
más que toda criatura Inmaculada!

¡Esa eres tú, María!
que así te quiso el Hacedor divino;
y para hacerte como Dios quería
te dió además un nombre peregrino.
Y te hizo perfectísimo modelo,
dechado de candor y de hermosura,
pura e inmaculada más que el cielo,
más bella que ninguna otra criatura,
más blanca que la nieve de los montes,
más sencilla que cándida paloma,
más casta que el amor de los querubes,
más rica y mas sũave que el aroma
que despiden las flores y el incienso
y en forma de oración al cielo sube;
más grande que el inmenso
mar azulado que en su espejo copia
tu belleza infinita y sé la apropia.

Son tus blondos cabellos de oro y seda,
tus mejillas fragmentos de manzana,
y tus labios son fuente de dulzura,
y nada hay en el mundo que no ceda
en belleza a tu mágica figura;
pues eres de belleza Soberana,
rosa de Jericó fresca y lozana.
Tus ojos de paloma,
de tranquilo mirar dulce y sũave;

tu aliento es grato embriagador aroma,
el eco de tu voz es amoroso,
y es tu andar reposado, firme y grave,
noble y majestuoso.

Así eres tú, graciosa cual la palma
que crece en Cades arrogante y bella,
faro deslumbrador, radiante estrella
que al refugio del puerto guía al alma.
Tu vestido es el sol limpio y fulgente,
el azul de tu manto es el del cielo,
los astros son corona de tu frente,
y te sirve de velo
la gasa de los rayos de la aurora,
y de escabel la luna que te adora.

¡Esa eres tú, Marial
¡Sublime concepción de eterna Ideal
Bella criatura en la que el Dios potente
como en su obra suprema se recrea;
y al ser desde que Dios te concebía
bella más que los seres en su mente:
pues, «¡Reina, dijo, de los mundo seal»
¡Reina de la creación! Y luego el coro
de espíritus angélicos
en un acto de inmenso vasallaje
entonó en tu loor el más sonoro
himno de adoración y de homenaje
llamándote la Reina de los seres
y bendita entre todas las mujeres.

Y en visión misteriosa
te mostró el Hacedor a las criaturas
para que ellas copiaran codiciosas
de tus múltiples gracias y hermosuras.
Y al contemplarte pura y sin mancha,
de la mente de Dios obra suprema,
criatura sin igual y maravilla
de toda la creación, y fiel emblema
del poder infinito
del Dios tres veces santo,
prorrumpieron los seres en un grito
de eterna admiración y eterno encanto
que fué primera estrofa del poema
que desde entonces en tenaz porfía
elevan en tu honor, Virgen María.

Y las fuentes coplaron tu sonrisa,
y la mar aprendió a rizar sus ondas,
a impulsos de la brisa,
del hermoso rizado de tus blondas;
la rosa tu belleza y tu hermosura;
la cándida azucena,
flor delicada y de perfume llena,
imitó tu pureza y tu blancura;
tu intacta castidad imitó el lirio,
la noche la negrura de tus ojos,
y el clavel imitó tus labios rojos
como emblema de amor y de martirio;
lo esbelto de tu talle la palmera,
y la violeta tu humildad sencilla,

y tu amor la silvestre maravilla
en que un sol en su seno reverbera.

Y al nacer en el mundo concebida
sin mancha original, todos los seres
te aclamaron por reina esclarecida
y bendita entre todas las mujeres.
Y el orbe entero te confiesa pura,
por ser Madre de Dios, corredentora;
del dragón infernal la vencedora,
cual la hermosa Judit que es tu figura;
como la bella Esther privilegiada
mucho más que ninguna otra criatura,
mucho más que ninguna Inmaculada.

.
Acepta, Madre mía,
este sencillo, pero tierno canto,
ya que mi amor es tanto...
que si pudiera más... ¡más te amaría!

¡TU REINAS!

SÓLO Tú que creaste las esferas
y encendiste los grandes luminares,
y encrepaste las olas de los mares
sin que salgan jamás de sus barreras,
sólo Tú, Dios Eterno, sólo imperas.

Tu solio de bondad omnipotente
se extiende sobre todas las naciones,
y en ellas homenaje reverente
te rinden de su amor los corazones.

¡Que influjo el de tu amor más poderoso!
¡Qué yugo más süave el de tus leyes!
¡Qué irresistible imán, Dios bondadoso,
el que lleva hacia Ti siervos y reyes!

¡Quién me diera, Señor del alto cielo,
cantarte con eternas alabanzas
cuando llenas el alma de consuelo
y el corazón herido de esperanzas!

«Yo reinaré en España» has dicho un día
en delirio de amor clemente y santo;
y cumpliéndose está la profecía
cuando España por Ti delira tanto.

Tú lo has visto, Señor: que sus legiones
te han colmado de honores y de gloria
y ante Ti se han rendido las naciones,
y a tu paso de triunfo y de victoria
te han servido de alfombra sus pendones.

Poesía compuesta con motivo del XXI Congreso Eucarístico
Internacional celebrado en Madrid en 1911.

¡EL MAYOR DOLOR!

Para mi buen amigo, el Párroco de
S. Bartolomé de Astorga, D. Lorenzo
de la Sierra.

I

CESÓ ya la tormenta,
calmáronse los vientos,
la tierra en sus cimientos
dejó ya de temblar;
la tempestad se calma
y el trágico Calvario,
sombrio y solitario
se vuelve a iluminar.

Sobre el azul del cielo,
en un fondo de luces,
dibújanse las cruces,
como espectral visión,
que lanza despiadada
a la Ciudad deicida
la pena merecida
de eterna maldición.

Allá en la lejanía
el llanto de María
turba el silencio augusto
que reina en derredor.
Tan duro es su quebranto,
tan aflictivo el llanto,
tan grande su amargura,
tan triste su dolor..!

¡Ha bajado al ocaso
el Sol de su alegría!
¡El Hijo de María
ha muerto en una cruz..!
¡Ya perdió su tesoro,
su dicha y su ventura!
¡Ya no vé su hermosura!
¡Ya le falta su luz!

¡Sola! ¡Sola en el mundo,
su duelo sin segundo
no encuentra lenitivo
mayor que el padecer!
¡No halla alivio en su pena
la que es de gracia llena,
la Madre más amante,
la más pura mujer..!

II

En brazos de María
está el cadáver yerto
de su Jesús, que ha muerto
clavado en una cruz...

Los dos santos varones
que el cuerpo desclavaron
piedad de ella mostraron
dándole a su Jesús.

Ella lo abraza amante,
de honda pena transida.
como si nueva vida
quisiérale infundir;
contra su tierno pecho
lo estrecha y lo acaricia,
sintiendo una delicia
en un nuevo sufrir.

La Virgen lo contempla
extática y ferviente,
angustiada y doliente,
loca por la pasión;
y en su febril delirio
prorrumpe en desagravios
que dicen, no los labios,
sino su corazón:

«Sol de los soles, luz de mi vida
¿cómo apagada u oscurecida,
divino dueño, está tu luz?
¡Ay! ¿quién te ha puesto de aquesta suerte?
¿Qué alevos manos te han dado muerte
tan infamante, clavado en cruz?

¿Quién en tus blancas sienas divinas
esta corona puso de espinas,
que crueles punzan mi corazón?
¿Qué corazones tan inhumanos
han taladrado tus pies y manos,
que de los mundos autoras son?

¿Quién ha manchado tu rostro bello,
que antes tenía celeste sello
de la Hacedora Divinidad?
¿Quién te ha causado tantas heridas?
¿Quién en tus carnes tan doloridas
ha puesto un sello de iniquidad?

¿Qué herida es ésta de tu costado?
¿Quién, Jesús mio, ha traspasado
con dura lanza tu corazón?
¡Tú que eres viva fuente de amores
víctima has sido de los rigores
del odio injusto, de la traición!

¡Ya no contemplo tus claros ojos
que a las auroras daban enojos,
porque les falta vida y calor!
¿Dónde, amor mio, fué tu hermosura,
que era el espejo de mi ternura
y ahora es la causa de mi dolor?

Deja que bese yo tus mejillas,
que tantas veces en mis rodillas
besé gustando su dulce miel;

deja que bese tus labios frios,
para que en ellos beban los míos
de tus dolores la amarga hiel.

Deja que bese tu pura frente
blanca y divina, más esplendente
que de las nubes el arbol;
deja que mire yo tus cabellos
que son hermosos, rubios y bellos
como los rayos del mismo sol.

¡Qué ingrato el hombre contigo ha sido!
Si a redimirle sólo has venido
¿cómo te ha dado tanta aflicción?
¡Es que sin penas nunca hay amores!
¡Sin tu martirio, sin mis dolores
no lograría su redención...!>

JESÚS Y LA SAMARITANA

(TRADUCCIÓN DEL EVANGELIO. JOAN. IV. VV. 5 AL 42)

Para el M. I. Sr. Lectoral de la S. I. Catedral de Astorga, D. Tomás Blanco Lucas, en prueba de estimación.

ERA ya el mediodía.
El fuego abrasador del sol ardiente
lentamente caía,
haciendo sofocante ya el ambiente,
sobre el campo feraz de Samaria.

Cansado del camino
el Maestro divino,
soportando la sed y los rigores
del sol de Palestina
que en rayos cegadores
llamaradas de fuego y luz fulmina,
llegaba en esta hora de Judea,
de paso a Galilea,
de todos sus discípulos seguido,

al campo de Jacob el patriarca
que se halla de Sichar en la comarca.

Dirigióse el Maestro, fatigado,
al pozo de Jacob, cuya frescura
invitaba a beber el agua pura
del rico manantial allí encerrado.

Sentóse recostado
sobre la dura piedra
que sirve de brocal a la honda fuente,
bajo un toldo de hiedra
en arcos caprichosos enredado,
en forma de corona,
que al cansado viajero proporciona
grata frescura contra el sol ardiente.

Así estaba Jesús el Nazareno
al borde de la fuente solitaria,
solitario también, su pecho lleno
de dulces sentimientos de plegaria
por el hombre infeliz, cuyo pecado
las puertas del Edén le hubo cerrado.

Así estaba Jesús de Galilea
en esa tierra extraña y adversaria
del país de Judea,
donde solo los suyos le dejaron
porque a Sichar marcharon
para comprar la refacción diaria.

Así estaba el profeta peregrino,
cuando vió aparecer en el camino,
que de Sichar al pozo conducía,
la graciosa figura

de una bella mujer de Samaria
que llevaba apoyada en su cintura
una ánfora vacía.

Miróla el Nazareno
con semblante sereno,
y al llegar la mujer breve y lijera
le habló de esta manera,
el blando corazón de amores lleno:

«Si tienes caridad, mujer hermosa,
y cabe en tí algún noble sentimiento,
me darás de beber, que estoy sediento,
que la jornada fué muy fatigosa,
difícil el camino y polvoriento.»

Miróle la mujer respetuosa
y luego descarada y licenciosa,
no sin resabio de ironía insana....

«¿Cómo, dijo resuelta, señor mío,
me pides de beber, siendo judío,
a mí que soy mujer samaritana?
¿No sabes tú que hay un abismo inmenso
entre estas dos regiones de odio intenso?»

Humilde el Nazareno
guardó en su pecho la respuesta altiva,
y como él procuraba el bien ajeno
le dijo con palabra sugestiva:

«¡Mujer, si tú supieras
el don que Dios te otorga en este instante,
y si por dicha tuya conocieras
quién es el que anhela
te pide de beber...! tú le pidieras,

con suplicante y fervoroso ruego,
que te diera a beber el agua viva
que de rudas pasiones calma el fuego».

No le pudo entender lo que decía
la que víctima vil de sus pasiones
en el inmundo lodazal vivía,
y pretendió pedirle explicaciones
volviendo a su ironía:
«¿De qué agua me has de dar, si tú no tienes
con qué sacar esta agua que está baja
y el pozo es muy profundo?
¿Si puedes tú sacarla, porqué vienes
a pedírmela a mí con más ventaja?
¿Serás tú por ventura de otro mundo
o más hábil y diestro
que Jacob, padre nuestro,
que nos dió este venero tan fecundo?
Pues él mismo y sus hijos y ganados
bebieron de esta fuente
por no haber otra aquí más excelente.»

El rostro del cansado peregrino
comenzó a iluminarse de repente
con resplandor divino,
y así habló a la mujer manso y clemente:

«El que bebe de este agua nunca calma
la sed que le devora;
volverá a tener sed devoradora
y volverá a beber agua; pero el alma
que bebiere una vez del agua viva,
que ahora a ofrecerte mi bondad se atreve,

nunca más tendrá sed, que es perfecta,
es agua salvadora.

Que el agua que yo doy en el que bebe
se hace una fuente rica y tan fecunda,
que salta en surtidores y raudales
hasta que de agua inunda
las eternas mansiones edeniales.»

La mujer altanera
por un mágico influjo sostenida
habló de esta manera:

«¡Dame, señor, de ese agua sorprendente,
para no tener sed nunca en mi vida,
ni tener que venir más a esta fuente!»

—«Llama, dijo Jesús, a tu marido
y luego otra vez vienes.»

—«¡Ah, señor,—dícele ella,—yo no tengo!»

—«Dices bien que no tienes;
que ya cinco has tenido,
y el que tienes tampoco es tu marido.»

—«¡Señor, señor, yo creo
que tú eres un profeta, según veo!
Nuestros padres en este monte santo
adoraron a Dios, culto le dieron
y sacrificios en su honor hicieron
sin que existiera de la Ley quebranto;
y vosotros decís que solamente
en los atrios del Templo Sacrosanto
de la santa Ciudad es reverente
el culto de Jehová el Omnipotente.»

—«Oye, mujer: está próximo el día
en que ni en este monte levantado,
ni en el Templo sagrado
de la Ciudad judía
se tribute a Dios culto verdadero,
sino en todo lugar del mundo entero.
Pasarán las actuales ceremonias
y sacrificios por la Ley prescritos
del culto que en el Templo a Dios se eleva,
y darán su lugar en la Ley Nueva
a un nuevo sacrificio y nuevos ritos.

Vosotros inconscientes adorais
con mil supersticiones
aquello que ignorais;
mas nosotros judíos adoramos,
según las prescripciones,
a lo que conocemos y esperamos.

Y ya viene la hora
en que el que a Dios adora
tribute a Dios sincero
culto espiritual y verdadero;
y es bueno que no ignores
que el Padre también busca adoradores.
Porque espíritu es Dios; por eso quiere
culto espiritual y verdadero
que nazca del venero
del alma, y no de signos exteriores.»

—Ya sé, señor, que están cerca los días,
dijole la mujer samaritana,
en que vendrá el Mesías

que todos los profetas anunciaron,
y que Cristo llamaron,
porque será del Santo Dios Ungido;
y cuando venga explicará el sentido
de todas esas cosas,
sublimes, misteriosas,
que de tus dulces labios han salido.»

Brilló entonces el rostro del profeta
con la luz de celestes resplandores,
y aureolando su frente
un nimbo refulgente
de diversos matices y colores
de luz esplendorosa y diamantina
que dejó al descubierto la divina
grandeza y majestad de Dios, velada
a la humana mirada
por la carne mortal que la cubría,
le dijo en tono amigo
a la altiva mujer de Samaría:
«¡El Mesías soy yo que hablo contigo!»

Quedóse la mujer maravillada,
absorta, entusiasmada,
sin poder expresar lo que sentía
en su alma atormentada
con el recuerdo ingrato
de su vida azarada
y ni palabra articular sabía.

Llegaron los discípulos de Cristo
y asombráronse al ver que su Maestro
con aquella mujer hablando estaba;

mas ninguno aludió a lo que hubo visto,
ni nadie preguntó lo que hablaba.

La mujer dejó el ánfora en la fuente,
y llena de alegría
marchóse a la ciudad muy diligente
para contar lo que aprendido había.

«¡Venid, venid, decía:
venid a ver a un hombre que es profeta,
que me ha contado cosas
sublimes, misteriosas,
y con palabra firme y decidida
me ha descubierto mi pasada vida!

¡Venid, y le hallareis
humilde y sosegado,
con el rostro muy bello y buen semblante,
sencillo, majestático, elegante,
dulcemente sentado
sobre la piedra dura
del pozo de Jacob, cuya agua pura
me pidió de beber... y no le he dado!
Y él en cambio me ofrece una agua viva
de deleites, de gozos y consuelo
que mana en una fuente, que al que beba
santamente lo lleva
a la eterna mansión del alto Cielo.
¡Venid, venid, venid, que allí le hallamos!
¿Será acaso el Mesías que esperamos?

Corrió por la ciudad, suelta y ligera,
la bella mensajera
llevada de su fé y convencimiento;

prendió la chispa de la ardiente llama
del fuego que la inflama
con que hizo su palabra verdadera,
y en un breve momento
se puso en movimiento
a su palabra la ciudad entera.

Al Pozo de Jacob ciegos corrían,
dejando sus deberes,
los niños y los hombres y mujeres
por ver si era verdad lo que decían
del hombre misterioso
que, según la mujer que voceaba,
una nueva doctrina predicaba.

Y vieron al profeta galileo,
y oyeron de sus labios
la celestial y mágica doctrina
que aquel humilde hebreo
en conceptos tan santos y tan sabios
predicaba por toda Palestina.

Y olvidando por un momento agravios
entre el samaritano y el judío,
le rogaron que allí se detuviera
y su nueva doctrina les dijera.

Innúmero gentío
de la noble ciudad samaritana
aclamaba al profeta galileo;
y El, que buscaba a la región hermana,
quiso corresponder a su deseo.

El humilde aclamado peregrino
de la noble ciudad tomó el camino,

siguiendo tras sus huellas
los niños y los hombres y doncellas
ávidos de escuchar sus enseñanzas;
y el Divino Mesías,
imán de sus anhelos y esperanzas,
se hospedó en la ciudad sólo dos días.

Su doctrina sublime,
que eleva y que redime,
predicó en la ciudad samaritana;
y además de los muchos que creyeron
en El por la palabra solamente
de la mujer liviana,
muchos más su fé dieron
a la palabra ardiente
que de su boca celestial oyeron.

A NUESTRO SANTÍSIMO PADRE
EL PAPA BENEDICTO XV.

¡VENID A ESPAÑA!

NOBLE hospitalidad os brinda España
porque es noble la fé de que blasona,
que es el mejor florón de su corona
que el hálito infernal jamás empaña.

Y si es grande su fé, el amor que entraña
al Vicario de Cristo, lo pregona
este homenaje fiel que no traiciona
la historia de sus épicas hazañas.

Aceptad, Padre Santo, el reverente
fiel homenaje de adhesión sincera
que os rinde el español noble y creyente.

Venid, oh Padre Santo; España entera
que quiere veros libre e independiente
con los brazos abiertos os espera.

MISTICAS

EL CORAZÓN DE JESÚS EN EL HOGAR

Dilectus meus mihi, et ego illi...

(COLOQUIO MÍSTICO)

I

Inveni quem diligit anima mea)
(Cant. cant. III. v 4)

MIRAME: soy el Dios Omnipotente
justiciero y clemente,
el Dios del Sinaí;
tengo en mi mano el cetro de los mundos
y tiemblan los profundos
abismos ante Mí.

Soy la verdad, la vida y el camino,
el Maestro Divino
del mísero mortal;
el que en trabajo y penas no me sigue
jamás, jamás consigue
la patria celestial.

Yo que bajé del Cielo
a darte mi consuelo
y a inflamarte en el fuego de mi amor,
quiero de noche y día
hacerte compañía
calmando mi presencia tu dolor.

Yo que te hice mi amigo
vengo a habitar contigo
y a envolverte en los rayos de mi luz;
vengo a hacerte lijera,
fácil y llevadera
con mi ayuda la carga de tu cruz.

II

Tenui eum, nec dimittam.

¡Bien venido, Señor a esta morada
que hoy queda consagrada
a tu augusta y excelsa Majestad;
ven a mi alma, Señor, que ya te espera,
ven, ven, y en ella impera,
no le niegues tu amor y tu bondad!

Reconozco, Señor, tu Omnipotencia,
confieso tu presencia
y adoro los excesos de tu amor.
¡Oh Rey de los humanos corazones,
no te apartes de mí, no me abandones,
y haz que siempre me rinda a tu favor!

¡Señor, Señor, te adoro!
¡Abreme ya el tesoro
de tu tierno y amante corazón:
soy tuyo y tú eres mío,
en tu bondad confío
y espero generoso tu perdón!

Mi alma que te amaba
con ansia te buscaba
sintiéndose sin Ti desfallecer;
ahora en tu presencia
ya libaré la esencia
de tu amor, de tu dicha y tu placer.

Te tengo ya en mis brazos
y en amorosos lazos
contigo para siempre he de vivir;
Te amo y Te venero,
Divino Prisionero;
contigo y para Ti quiero morir.

¡Oh, Jesús, oh mi dulce Bien amado,
Señor de lo creado,
oh Dios de la Salud;
guíame por el áspero camino
de mi mortal destino,
guíame en la virtud!

DESPOSORIOS MÍSTICOS

EN LA PROFESIÓN RELIGIOSA
DE SOR C. DE LA EUCHARISTIA

ALMA que al mundo veneras
y sus pompas hechiceras
sigues con loca inquietud;
ven, ven conmigo, que quiero
mostrarte el rico venero
de la dicha y la virtud.

Ven hoy al claustro sombrío
al que en torpe desvario
llamas cárcel y prisión;
verás que allí encuentra el alma
la paz, la dicha y la calma
que embriagan el corazón.

Ven, ven despacio y callada,
asómate a la enramada
de ese místico vergel,
y verás hermosas flores,
y oirás a los ruiseñores
que alegres cantan en él.

Ven, y verás si te asomas
ese bando de palomas
que tiene su nido allí.
¡Ven despacio...,calladita..!
¡Que no adviertan tu visita!
¡Acércate más..! ¡Así!

Mira, mira cómo todas
celebrando están las bodas
de esa palomita fiel,
que radiante de ventura
goza la dicha más pura,
porque es paloma sin hiel.

Sin hiel de dichas mundanas
ni de miserias humanas
que hacen al alma sufrir;
sin hiel de goces sentidos
y que después de perdidos
amargan nuestro vivir.

Mira qué alegre y gozosa
se siente la amante esposa
hinchida de tanto bien;

el Amor de sus amores
ha coronado de flores
su casta cándida sien.

Cuída que tu planta impura
no perturbe la ventura
de esa mística mansión;
observa a la desposada
y escucha su enamorada
bella y alegre canción:

«Dueño de mis amores,
Esposo mío;
ya he logrado mis ansias
de estar contigo.
Ven a mis brazos,
que no quiero perderte,
mi Bien amado

Te buscaba mi alma
con ansia loca
por montes y collados
vagando sola;
¡Ay! ¡cuántas veces
la amargura he sentido
de tus desdenes!

Pero ya llegó el día
de mi ventura,
porque eres todo mío
y yo soy tuya.

Dueño adorado
jamás he de dejarte
de entre mis brazos.

Pajarillos del bosque,
cantad alegres
porque vino mi Amado
del Cielo a verme;
cantemos todos
celebrando contentos
mis desposorios.

Es mi Amado tan rubio
como la aurora,
el color de sus labios
flor de amapola;
y sus mejillas
son rosas y azucenas
entretregidas.

El azul de sus ojos
es como el Cielo,
como hebras de oro puro
son sus cabellos,
y su mirada
cautiva y embelesa
todas las almas.

Eres, Amado mio,
como la mirra,

puro cual la azucena,
lirio entre espinas;
deja que bese
con el fervor de esposa
tu pura frente.

Séllame con el sello
de tus amores,
que son en esta vida
mis ilusiones;
sello divino
de dolores, de penas
y de martirio.

¡Oh vida de mi vida,
luz de mi ojos,
Amor de mis amores,
Bien que yo adoro!
¡Dame que siempre
contigo viva unida
hasta la muerte!

A LA LÁMPARA DEL SAGRARIO

LAMPARILLA veladora,
que envias tus resplandores
al Sagrario donde mora
el Amor de mis amores.

Dile a mi Amor que no vivo
sin acordarme un momento
de que por mí está cautivo
en el Santo Sacramento.

¡Dile que muero de pena
al pensar que le olvidé!
¡Dile que su amor me llena
de amor, de esperanza y fé!

¡Dile que siento agonias
cuando sufro sus desvios!
¡Que olvide las culpas mías!
¡Que olvide mis desvarios!

¡Dile que mis culpas lloro
con lágrimas de amargura!
¡Dile que su amor imploro
con vértigos de locura!

¡Dile que no me abandone
en este revuelto mar,
y dile que me perdone
el que no le sepa amar!

¡Lamparilla, lamparilla!
¡Quien pudiera como tú
estar siempre en la Capilla
acompañando a Jesús!

¡Oh, si yo me consumiera
ante sus plantas de amor,
y como tú le ofreciera
el fuego de mi fervor!

¡Cuánto pudiera gozar
en presencia de mi Amado
si pudiera siempre estar
ante sus plantas postrado!

¿Como seré tan mezquino,
tan ruin y tan pecador
con Jesús que al mundo vino
por buscar sólo mi amor?

¿Porqué tan frágil seré
para dejarle de amar,
si mil veces le juré
que no le habré de olvidar?

Dame, dame, lamparilla
la constancia de tu luz,
para estar en la Capilla
acompañando a Jesús.

¡Lamparilla veladora,
envía tus resplandores
al Sagrario donde mora
mi Amor muriendo de amores!

Mezcla en tu fuego sagrado
con los rayos de tu luz
mis ansias de enamorado
y ofrécelas a Jesús.

Y envíale con tu fuego
el fuego de mi fervor,
el perfume de mi ruego,
la vehemencia de mi amor.

VOCACIÓN.
EL AMOR DE MIS AMORES.

(ANTE EL SAGRARIO)

HE oído tu voz, Dueño adorado,
en medio del revuelto torbellino;
oí que me has llamado
y vengo fatigado
a escuchar el acento peregrino
de tu voz, y a beber en tu costado
el amor en torrente cristalino.

Como oveja perdida
vuelvo al redil que abandoné imprudente;
mi alma arrepentida,
contrita y reverente
se acoge a tu Bondad santa y clemente.

Todo lo dejo cuando Tú me llamas;
todo lo olvido, pues tu amor prefiero
y sé cuánto me amas;
ámame, sí, Divino Prisionero,
porque de amores muero
si con tu amor mi corazón no inflamas.

Te busca mi alma, oh Dios, triste y sedienta,
como el ciervo la fuente cristalina
con que su sed ahuyenta;
como busca la negra golondrina
el blando nido en que su amor sustenta.

Háblame, Jesús mío,
que yo escuchar ansío
en esta soledad tan deleitosa
el eco de tu voz, dulce, amorosa,
pura, como el remanso de los ríos.

¡Oh Amor de mis amores,
Dueño y Señor del alma enamorada!
Mis penas y dolores
en tu augusta morada
quiero calmar con tu presencia amada.

¿Que me amas mucho? Ya lo sé, Bien mío:
mi loco desvarío
otra cosa no supo que ofenderte;
perdona mi extravío
que ya nunca, jamás quiero perderte.

¿Que tienes tus delicias
en amarme y colmarme de venturas?
¡Oh, qué dulces, Señor, son tus caricias!
¡Qué inmensas tus ternuras!
¡Qué grandes mis maldades y locuras!

¿Que ya me perdonaste los desdenes
con que dejé a tu amor tan mal herido?
¡Oh, Dios, qué amor me tienes!
Ya estoy arrepentido
de haberte, mi Jesús, tanto ofendido.

¡Amor, Amor divino,
dulce embeleso de las almas buenas!
Tú alfombras mi camino
de rosas y azucenas
y alivias mis congojas y mis penas.

¡Bálsamo santo el de tu amor ardiente
que calma mis pesares,
como calma tu voz omnipotente
la furia de las olas de los mares!

¡Qué dichoso y feliz me considero
cuando allá en mi interior oigo a tus labios,
Amante Prisionero,
que perdonas clemente mis agravios!

Maldigo, Jesús mio,
la negra ingratitud de mi albedrío
que, cual punzante daga,
abrió en tu tierno amor tan honda llaga:
toma mi corazón ingrato y frío
ya que tu amor con nuestro amor se paga.

LA TENTACIÓN

(PLEGARIA DEL ALMA A LA SMA. VIRGEN)

CAMINANDO por el mundo
de una tarde en el ocaso
vino a detener mi paso
la traidora Tentación.
Tendióme su negro velo
de espesísimas tinieblas
y llenó mi alma de nieblas
y de miedo el corazón.

Ofuscado y temeroso
luché con ella cobarde,
y me venció aquella tarde...
y en el pecado caí;
y al verme, oh Madre, en el fondo
de tan triste y negro abismo
maldije yo de mi mismo,
porque me olvidé de Ti.

Pesaroso y humillado,
alcé los ojos al cielo
y la luz de tu consuelo
vino a iluminar mi fé;
pues te ví que me mirabas
con la piedad en tus ojos,
en vez de sentir enojos,
porque contra Dios pequé.

Y clamé a Tí: ¡¡¡Madre mía!!!

¡Ven en mi auxilio, Señora,
que mi corazón implora
tu desvelo maternal!

¡Ven, oh Madre, a socorrerme,
que mi alma está triste y sola
y le amenaza la ola
de la ciénaga infernal!

¡Madre mía! ¡Madre mía!

dije lloroso y contrito:
¡De tu piedad necesito
para alcanzar el perdón!
Y me tendiste tu mano...
Y de mí compadecida
Tú me curaste la herida
que me abrió la Tentación.

Porque Tú eres el consuelo,
¡Oh Madre, Reina y Señora!
del que arrepentido llora
las ofensas que hizo a Dios;
y la luz de tu mirada
es bálsamo de dulzura

que las hondas llagas cura
del alma que acude a vos.

¡No me abandones, Señoral
¡No me olvides, Madre mía!
¡Sé Tú mi norte y mi guía
en este revuelto mar!
En tu infinita clemencia
tengo puesta mi esperanza;
pues por Ti la gloria alcanza
quien siempre te sabe amar.

VUELA, PALOMITA

(LA ORACIÓN)

DEJA, palomita,
deja la arboleda;
vuela hacia las nubes,
palomita, vuela.

Hiende los espacios,
pasa las estrellas,
vuela más arriba,
palomita, vuela.

Vuela, y hasta el Cielo
nada te detenga,
y sé, palomita,
mi fiel mensajera.

Entra en el alcázar
de oro y de piedras,
que ante ti se abre
la bronceína puerta.

Y ante el trono excelso
de la Omnipotencia,
humilde y rendida
presenta mi ofrenda.

 Mi ofrenda que es fuego
de amor y querella,
que es dicha y es gozo,
que es llanto y es pena.

 Presenta a mi Amado
en dulces endechas
de mi amor ferviente
las lánguidas quejas.

 Dile que perdone
mis muchas ofensas,
ya que arrepentida
mi alma se le muestra.

 Dile que no vivo
si de mí se aleja,
porque es dura muerte
la que da su ausencia.

 Vuela, palomita,
palomita, vuela;
lleva este mensaje
de mi alma enferma.

PASTOR DIVINO

ERRANTE por el árido camino
del mundo engañoso, sin luz, ni guía,
incierto y aturdido peregrino,
vagaba alucinada el alma mía
alejada de Ti, Jesús divino.

En carrera veloz, vertiginosa,
al abismo llegué precipitado,
y al borde me detuve horrorizado,
al ver abierta ente mis pies la fosa,
porque allí me detuvo tu cayado.

Iba a caer en el inmundo cieno
llevado de mi loco desvario;

iba a apurar el cáliz de veneno
que el mundo me brindó de amores lleno...
y Tú me detuviste, Jesús mío.

Mi alma oyó tu voz, y estremecida
al verse ante tan hondo precipicio,
melancólica, triste y abatida,
humillada, confusa, arrepentida
te rindió de su amor el sacrificio.

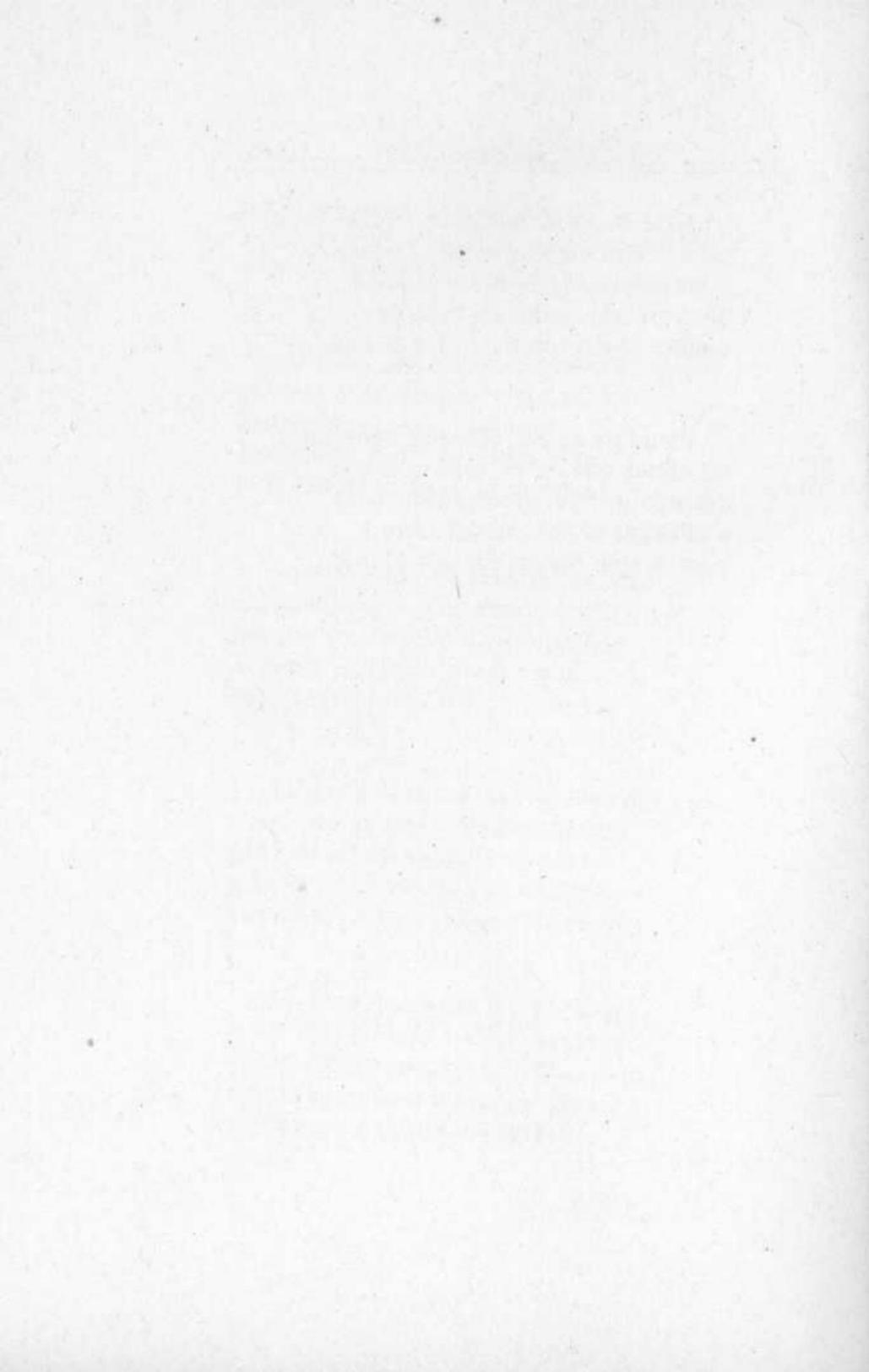
Huyó del hondo abismo que veía
abierto siempre a su delirio insano,
porque Tú, de las almas Soberano,
al borde detuviste el alma mía
con el mágico influjo de tu mano.

Tu gracia fué su vida y su sustento
en la loca ambición de los placeres;
por ella recobró su entendimiento
y en la lucha venció con ardimiento,
porque Tú de las almas el Dios eres.

Tu gracia la apartó de sus locuras
y volvió a tu redil, Pastor divino,
donde Tú la colmaste de ternuras;
y de nuevo bebió las aguas puras
el errante y cansado peregrino.

¡Qué bondad, mi Jesús, tan excesiva
para el alma que te es infiel e ingrata
y las delicias de tu amor esquivas!
¡Qué grande confusión el alma altiva
padece al ver cómo su Dios la trata!

¡Bendigante por siempre, Jesús mío,
las almas que en su torpe desvarío
despreciaron tus gracias seductoras,
y al llegar al abismo del vacío
encontraron tus manos salvadoras!



EN BUSCA DEL AMADO

(CANCIÓN DEL ALMA ABANDONADA)

PAJARILLOS que alegres cantais
de la aurora al primer resplandor;
indicadme si visteis ahora
pasar a mi Amor.

Corderillos que inquietos triscáis
por la fresca verdura del prado;
referidme si visteis ahora
pasar a mi Amado

Mariposas de alillas de seda
que besais amorosas la flor;
enseñadme el camino de flores
que lleva mi Amor.

Cefirillos alados que el mundo
recorreis en carrera veloz;
¿habeis visto pasar a mi Amado?
¿Oísteis su voz?

Cristalina corriente del río,
cesa un poco en tu vago rumor.
Dime: ¿has visto en tus verdes riberas
pasar a mi Amor?

Bosque ameno de gratas umbrías
al viajero que llega cansado;
¿viste acaso a mi Amor en tus sombras
estar recostado?

Es mi Amor entre todos hermoso,
sus cabellos son rayos de sol,
sus ardientes miradas son fuego,
sus mejillas son vivo arbol.

Sus palabras son dulces panales;
como arrullo sūave es su voz,
sus vestidos son blanco de nieve,
su carrera de corzo veloz.

En sus brazos me tuvo amoroso
y rendida de sueño dormi;
y al volver de mi sueño exaltada...
¡ya más no le vil

Desdeñoso marchó de mi lado
y en su busca corriendo salí.
¡Por favor! ¡Respondedme! ¿Le visteis
pasar por aquí?

¡Oh, qué caro pagué mi descuido!
En presencia dormí de mi Amor,
y mi Amor se marchó de mi lado
en busca de un alma
que le ame mejor.

.
¡Ay, Jesús de mi vida! ¡Amor mío!
¡No me dejes en esta ansiedad!
¡No me niegues jamás tus amores!
¡No te escondas de mí, por piedad!

ANTE EL SAGRARIO

DÉJAME, Dueño mio,
que yo te quiera;
déjame que a tus plantas
de amor me muera...
¡Qué feliz suerte,
amarte, Vida mía,
hasta la muerte!

Déjame ante el Sagrario
llorar mis penas,
mientras Tú de tus gracias
mi alma llenas.
¡No me abandones,
Tú que buscas, Bien mio,
los corazones!

El mundo me persigue
con fiera saña;
mientras tú me proteges
nada me daña;
mas si me dejas...
¿quién oirá cariñoso
mis tristes quejas?

¡Que es muy triste la vida
sin tus amores,
y sin ellos no puedo
con mis dolores!
¡Vive en mi alma,
que si vives en ella
viviré en calma!

He bebido las hieles
que brinda el mundo
y después he sentido
dolor profundo;
porque amarguras
y dolores encierran
sus aventuras.

Nunca el bien que buscamos
en él se encuentra;
sólo en Tí toda dicha
se reconcentra.
¡Tú sólo eres
el que causas al alma
dulces placeres!

¿Cómo pudo olvidarte
mi alma herida,
siendo Tú, Jesús mio,
Salud y Vida?
¡Ay, no me dejes,
Tú que a los que te buscan
siempre proteges!

Perdona, Jesús bueno,
mi desvarío,
y no recuerdes nunca
mi cruel desvío.
¡Que ya no quiero
más amores que el tuyo,
mi Prisionero!

Haz que yo te ame siempre,
Jesús divino;
que Tú eres de mi alma
norte y camino.
Y mi tibieza
enciéndela en el fuego
de tu terneza.

Abrásame en la llama
de tus amores,
ya que Tú sólo buscas
los pecadores.
¡Jesús amado!
¡Acógeme y olvida
ya mi pecado!

Y si insensato y loco
tu amor dejare,
de mí mismo me olvide
si te olvidare.
¡Dame tu gracia
para que mi promesa
tenga eficaz!

Llena, Jesús, mi alma
de tus ternuras
para que guste en ellas
de sus dulzuras.
¡No me abandones,
Tú que buscas, Bien mio,
los corazones!

¡¡¡PIEDAD, DIOS MIO!!!

(LLANTO DEL ALMA ARREPENTIDA)

Poesía premiada en el certamen organizado por la revista «Rosas y Espinas» de Valencia en Abril de 1923.

Si tu ira, Señor, se fija un día
de mi alma pecadora en la maldad...
¡Sálvame por los ruegos de María,
y ten de mí piedad!

Que no es mi ingratitud más infinita
que tu inmensa clemencia y tu perdón;
por eso, oh Dios, si mi maldad te irrita...
¡ten de mí compasión!

Tú sabes, mi Creador, que es leve arcilla
el cuerpo que me dió tu Voluntad;
mas sólo porque en él tu imagen brilla
¡tendrás de mí piedad!

A la tierra se inclina lo que es tierra,
mi espíritu que es tuyo tiende a Ti;
si por ley han de estar los dos en guerra...
¡ay, ten piedad de mí!

Es mucha, lo confieso, la malicia
con que ultrajé tu grande majestad.
¡No me juzgues conforme a tu justicia!
¡Júzgueme tu piedad!

Así será menor la negra culpa
con que ingrato ofendí tu corazón,
porque en tus ojos hallaré disculpa
y tendrás compasión.

¡No juzgues, pues, Señor, en tus enojos
con severo rigor mi iniquidad!
¡Halle yo gracia en tus benignos ojos
y ten de mi piedad!

No me niegues, mi Dios, tu gracia un día
y viviré por ella unido a Ti;
y gozará contigo el alma mía
si te apiadas de mí.

Si otra vez de tus leyes me desvío
vencido por la fuerte tentación,
haz que llore mi loco desvarío
y otórgame el perdón.

Pues Tú has dicho que el alma que contrita
se acoja a tu clemencia y tu bondad,
no será de tu amor jamás maldita.

¡Tendrás de ella piedad!

Y es que tu amor inmenso e insaciable
no sufre ver al alma en perdición;
por esto, mi Señor bueno y amable,
te pido compasión.

Borra Señor, del libro de mi vida
con mi llanto mi antigua iniquidad;
que mi alma a Ti se acoge arrepentida.

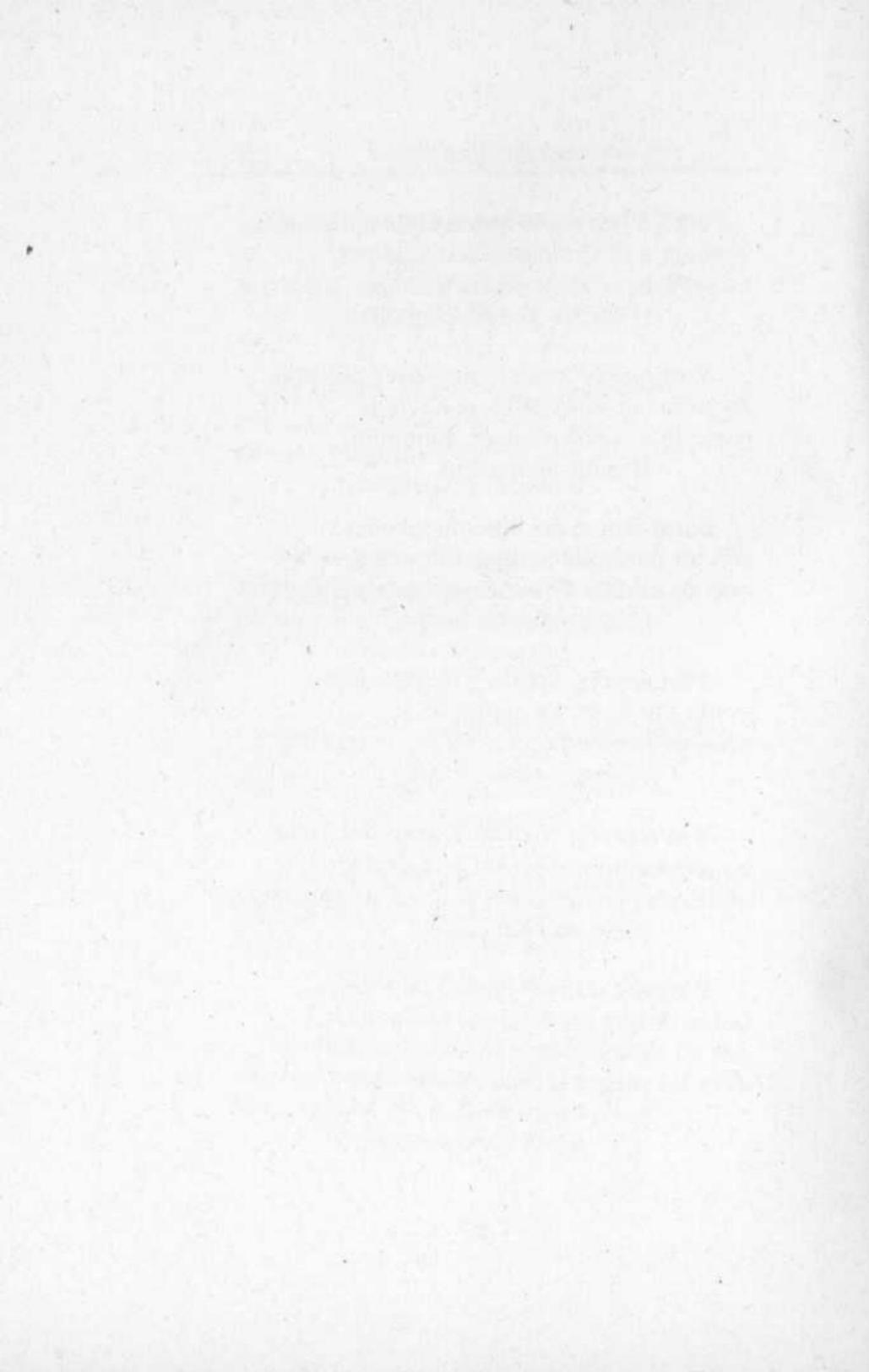
¡Ay, ten de ella piedad!

¡Perdóname, Señor, y de esta suerte
viviré por tu gracia unido a Tí!
¡Que no te ofenda más! ¡Antes la muerte..!

¡Y ten piedad de mí!

Y si otra vez te ofendo, Dios del Cielo,
no me niegues tu gracia y tu perdón;
que espero en tu Bondad, que es mi consuelo,
y espero compasión.

Y espero en la clemencia de Maria,
la Madre que me ha dado tu Bondad;
y si de Ti, mi Dios, me alejo un día...
¡Oye los ruegos de esa Madre mía,
y ten de mí piedad!



LA VUELTA DEL AMADO

¡AMOR, Amor! ¡Has vuelto a mi morada
y has llamado a mi puerta!
Hallábase cerrada
para otro amor, y el alma alborozada
porque eras Tú te la ha dejado abierta.

¡Amor! Cuando partiste
quedóse el alma triste,
quedóse el corazón sumido en duelo.
Cuando el vuelo tendiste
quiso el alma también alzar su vuelo.

Mas ¡ay! Para alcanzarte
faltáronle las alas,
y ya no pudo más, sino aguardarte.
Luego, para esperarte
vistióse el alma sus mejores galas.

Y al verla así vestida
volviste a visitarla con anhelo;
la hallaste arrepentida,
y le hiciste promesa de otra vida
que habrá de disfrutar allá en el Cielo.

¡Amor, Amor! No quiero
gozar en este mundo más placeres
que los que dá tu amor, que es verdadero.
A todo ya prefiero
quererte como sé que Tú me quieres.

¡No te ocultes de mí, divino Amante!
Que tenga yo delante
tu infinita bondad para conmigo,
y seré más constante
en tenerte por Padre y por Amigo.

¡Cuánto diera, Jesús, por no ofenderte!
¡Yo no quiero perderte
por volver a mi loco desvarío!
¡Olvida mi desvío
y haz que no nos separe ni la muerte!

¡Que dulce es la alegría
que siente el alma mía
al tenerte amorosa entre sus brazos!
¡Que no rompa jamás los fuertes lazos
que le unen a tu amante compañía!

¡Amor, divino Amor! ¡No más dulzuras!
¡Que el alma desfallece
al goce de tan dulces y tan puras
delicias y ternuras
que nunca un alma ingrata se merece!

¡Amor de mis amores!
¡No me niegues tu gracia y tus favores,
que sin ellos la vida es muy amarga,
y es pesada la carga
que llevo con la cruz de mis dolores!

VARIAS

¡PIEDAD!

(EN LA MUERTE DE MI PADRE)

DEJA, oh musa, que con calma
mi dolor vaya creciendo,
que cual plomo incandescente
lentamente va cayendo
y se funde y se derrama
en mi pobre corazón;
deja, oh musa, que abatido
mi existencia mire rota,
que la copa de la angustia
la consuma gota a gota
apurando hasta las heces
el licor de la aflicción.

Porque hieles venenosas
son aquí las alegrías,

duelos son las diversiones,
 los placeres, las orgias,
vanas son las complacencias,
 vanidad es el amor;
y esta vida es un conjunto
 de tristezas y pesares,
que momentos de alegría
 vierten lágrimas a mares
y el solaz y la ventura
 son presagios del dolor.

.
.

No hace mucho yo llegaba
 a la vida adolescente,
y las penas y aflicciones
 no turbaban aún mi mente,
que tranquilo yo vivía
 retirado de mi hogar,
cuando pérfida la muerte
 con su férrea guadaña,
que recorre los hogares
 con aleve y fiera saña,
a mi padre arrebatando,
 mi ilusión vino a borrar.

Mas el Dios que lo llamaba
 indulgente y bondadoso
concedióme que lo viera
 en su lecho doloroso

cuando el brazo de la muerte
iba el golpe a descargar;
y ese Dios que le quería
permitió que así lo viera
y en sus últimos instantes
sus suspiros recogiera
como dones postrimeros,
como herencia paternal.

Frío, inerte cual la roca
en su lecho se encontraba,
sin sentir ya mi presencia,
el que antes me llamaba,
suspirando por «su hijo»,
a quién antes de morir,
con entrañas paternales
ver hubiera deseado,
para haberle bendecido,
para haberle aconsejado
y estrechándole en sus brazos
enseñarle a bien vivir.

En aquel triste recinto
tembloroso me sentía,
pues su duelo y su tristeza
me inspiraban la poesía
de lo bello de otro mundo,
de una gloria que entreví;
y del fondo de mi alma
con acento lastimero

a Dios mismo le decía:
 «¡No Te muestres justiciero,
júzgame con indulgencia
 y a gozar vaya de Tí!»

¡Y la muerte destructora
 le tendió su negro mantol.
De la sima dolorida
 de mi pecho brotó el llanto,
lluvia pura, cristalina
 que emanó de mi pasión;
que consuela al afligido
 en sus penas y amarguras,
porque no hay dolor profundo,
 ni las lágrimas son puras,
si no vienen de la fuente
 de un sensible corazón.

Los crespones funerarios
 adornaron su morada:
el cadáver en la caja
 en el centro colocada
ocho cirios alumbraban
 con escasa y tibia luz. . .
¡Yo no quiero recordarlo..!
 Mi dolor renace y crece
si describo tal escena,
 y mi lira ya enmudece,
y rebullen por mi mente
 las palabras: «muerte, cruz. . .»

Yo no puedo recordarlo
con tan mágicos colores,
que me cansa y que me abruma
esa cruz de mis dolores
que en mis hombros juveniles
desde entonces abracé;
porque pierdo ya mi mente,
porque pierdo ya la calma
y estallando están las fibras
mas sensibles de mi alma
alentada vivamente
por las luces de la fé. . .

.
Al nacer un nuevo día,
la bronceína campana
suspendida en las alturas
de la torre comarcana
anunciaba con su lengua
de mi padre el funeral;
su gemido melancólico
y sus lánguidos acentos
penetraban en mi oído,
atraídos por los vientos,
y llegaban hasta el alma
cual la hoja de un puñal.

Y esas horas apacibles
que veloces resbalaron
de mis dulces alegrías,
en su muerte retardaron

las agujas del horario
 los secretos del Creador;
y rodaron lentamente
 aumentando mi tristeza,
que oprimi3se ya mi pecho
 y sentía mi cabeza
el pesado negro yugo
 de la mano del dolor.

.

El silencio en su sepulcro
 rompe el trueno que retumba
o el mon3tono sonido
 del insecto que allí zumba,
otras veces es el choque
 de furioso vendaval;
otras veces el graznido
 de nocturnas tristes aves,
o el contacto misterioso
 de las auras m3s s3uaves,
o el rumor de mis plegarias
 dirigidas a su hogar.

.

Desde aquel terrible d3a
 que mi padre dej3 el suelo
es mi llanto la plegaria
 elevada hasta ese Cielo
que sentir tanto me ha hecho
 de las penas el rigor,

que agobióme desde niño
con pesares y aflicciones,
que es la herencia que recogen
los cristianos corazones
que seguir quieran las huellas
del Divino Redentor.

Yo por eso, oh Dios, bendigo
esa mano que me hiere;
que la mano que castiga
es la mano que bien quiere,
y humillado te suplico
que me des más que penar;
sobre mí vengan tormentos,
vengan lágrimas a mares
con que llore mis pecados
cometidos a millares
y al salir de aqueste mundo
junto a Tí tenga un lugar.

POSTAL

(A MI MADRE EN EL DÍA DE SU CUMPLEAÑOS)

ESCUCHA, madre amante, yo te quiero
con tan santa pasión y tal ternura,
que a un regalo profano yo prefiero
la imagen enviarte de la Pura.

La imagen de María
que me hiciste de niño venerar
hoy en nombre de tu hijo, madre mía,
te va a felicitar.

Acepta este regalo
que en estos pobres versos yo te envío;
pues si es cierto que es malo
es puro y cariñoso, porque...es mío.

EL HUÉRFANO

¡YA no tengo madre!
¡Oh Dios mío, qué solo me encuentro!
¡Su recuerdo lo llevo en el alma!
Y su imagen la llevo en el pecho.
Ya no tengo quien bese mi frente
con besos de fuego,
sellos dulces que imprime con ansia
el amor materno...
Ya no tengo ni dicha ni calma,
que a las dos sucedió el sufrimiento;
la mujer con quien yo compartía
mis placeres, mis dichas, mis sueños;
la que yo «madre mía» llamaba,
porque díome la vida que tengo;
la que a mí me meció en su regazo
y cantaba arrullando mi sueño,
y sellaba mi frente de niño

con besos de fuego;
la que no se apartó de mi lado,
porque yo siempre fui su consuelo;
la que tantos abrazos me daba:
la que a mí me llamaba «hijo bueno,»
porque siempre fielmente cumplía
sus mandatos, sus santos consejos,
procurando borrar de su alma
sus lejanos y tristes recuerdos...
se ha escondido de mí para siempre...
¡porque ya se ha muerto...!

Ya no beso su rostro de madre,
ni contemplo su rubio cabello;
ya no miro su faz sonriente
ya no veo sus ojos tan negros...
como noches tristes
de dolor inmenso.
¿Con quién parto ahora
mis dolores y negros tormentos,
si por todas partes
sin amparo de nadie me encuentro?
¡Paciencia, Dios grandel
¡Paciencia, Dios buenol
Ya solo me queda...
rezar por mis muertos...
Mi padre en la guerra
murió ya hace tiempo,
murió heroicamente
a la patria y la fé defendiendo...
¡Y aun joven mi madre

también ya se ha muerto,
quedándome solo
su triste recuerdo!
Murió como santa,
como mueren los justos, los buenos,
con el nombre de Dios en la boca,
con la cruz de mi Dios sobre el pecho;
y en su santa y acerba agonía
lamentando mi triste destierro,
me llamaba, diciendo a mi oído
los más santos y sabios consejos.
Empezó por decirme llorando:
—«¡Hijo mío del alma, te dejol»
Y al oír esta sola palabra
me caí de dolor en el suelo.

—«Levanta, hijo mío,
no llores, mi dueño,
que tu llanto parece que clava
un sangriento puñal en mi pecho...!»

.

Y después de decirme estas cosas
y de darme sus santos consejos,
«Pide a Dios, hijo mío, decía,
que mi alma reciba en su seno,
porque ves que mi vida se apaga,
porque voy caminando a lo eterno...

¡Adiós, hijo mío,
adiós, que me muero..!
¡Ya sólo te queda
rezar por tus muertos..!»

Y tendíome su mano ya fría
y beséla en su rostro ya yerto...

Y allí de rodillas
delante del lecho
dó estaba tendido
sin vida aquel cuerpo,
recé por su alma,
según su deseo.

¡Cuantas veces recuerdo esta escena
otras tantas aumento mi duelo!

Cadáver inerte
yo me la presento
alumbrada por cirios que ardían,
símbolos de la fé que en mi pecho
sembró cuando niño,
aquel ser ya muerto;
y sólo se oían

a través de funesto silencio,
de la luz de los cirios ardientes
los chisporroteos,
el rumor de la gente que estaba
entrando y saliendo,
y de algunas personas piadosas
oraciones, gemidos, lamentos...

¡Yo no pude llorar por mi madre
porque el llanto se ahogaba en mi pecho!

. ,

¡Y dejáronme triste y muy solo
sin que nadie me diera consuelo!

PRIMAVERA

YA la tierra de flores se engalana,
ya viene Primavera,
esa estación alegre,
esa estación tan bella
de días apacibles,
de noches tan serenas. . .

Ya se visten los prados de verdura,
ya se cubre de hojas la arboleda
y libre entre las ramas
ya el pájaro gorgea;
ya se oyen los balidos
de tímidas ovejas,
los cantos del pastor en la cañada,
las voces del gañán acá en la vega
y el silbo del vaquero
que está allí en la pradera.

Ya hay plácidas auroras
de nácar y de perlas...

Pintados jilguerillos
de zarzal en zarzal, de huerta en huerta,
van alegres cantando
ritmadas cantilenas;
y escúchase a lo lejos del cuclillo
las tristes y monótonas endechas
que vuelve a repetirlas
la falda de la sierra.

Y ya la mariposa
policroma, lijera,
va buscando en las flores
su delicioso néctar.

Ya volvieron las negras golondrinas
de tierras extranjeras
al nido que dejaron
en la techumbre vieja,
y véñse en las alturas
volar a las cigüeñas
que tienen su morada
en lo alto de la torre de la Iglesia.

El arroyo serpea mansamente
bañando en su carrera
el césped y las cañas,
el junco y las adelfas,
y el sol en sus cristales
sereno se refleja.

¡Qué bello panorama
presenta en este cuadro Primavera!
Lo miro y lo contemplo
con alma de poeta
y gozo porque veo
la imagen de mi tierra.

Ya rebose en mi pecho la alegría
que trae Primavera,
esa estación hermosa,
esa estación tan bella,
de días apacibles,
de noches tan serenas. . .

.
.

Pues seas bienvenida,
alegre Primavera,
que traes a mi alma
nostalgias de mi tierra.

Badajoz, 1904.

LOS SUEÑOS DE UN MÚSICO

CONOZCO que sabeis
que duermo sin cesar...
¡pues no me despertéis!
que yo quiero soñar.

Yo pulso en mis sueños un arpa argentina
de lánguidas notas, de lúgubre son;
y entono con ella un aria divina
de mi alma doliente la fiel expresión.

Yo escucho en mis sueños el blando murmullo
del manso arroyuelo de lento rodar;
yo sé de la tórtola el fúnebre arrullo
al ver afligida su nido robar.

Yo siento en el alma los besos sñaves
que el aura a las flores risueña les dá;
yo sé las endechas que cantan las aves
al astro del dia que viene y que vá...

Yo sé por qué al soplo del aura su broche
precioso de nácar entreabre la flor;
yo sé por qué cantan un himno de noche
los seres vivientes al Dios Creador.

Yo pulso en mis sueños un arpa argentina
de lánguidas notas, de lúgubre son,
y escucho canciones de voz femenina,
plegariás de santas, rumor de oración.

Yo arranco a sus cuerdas los roncros bramidos
que forma en las nubes el trueno al rodar,
y escucho en sus notas los tristes gemidos
que el viento en el bosque produce al silbar.

Conozco que sabeis
que duermo sin cesar...
¡pues no me despertéis!
que yo quiero soñar.

LOS DOS ALCÁZARES

Para mi estimado paisano don Tirso Lozano
y Rubio, Lectoral de la S. I. C. de Badajoz, his-
toriador de estos Alcázares.

I

COMO restos de glorias ya pasadas
conozco yo un castillo solitario
que parece un gigante centinela
que está siempre velando.

Un coloso de piedra de granito
mezcla hermosa de arábigo y romano
que a la acción destructora de los tiempos
se va ya derrumbando.

Castillo que, orgulloso de sus glorias,
levanta majestuoso hacia lo alto
sus esbeltos y erguidos torreones,
sus muros almenados.

Castillo de ajimeces de sultana,
un castillo de alcázar soberano,
antiguo baluarte de defensa
que ya se va arruinando.

Sobre un alto peñón de la montaña,
que romanos y moros escalaron,
aquel alcázar fuerte, inexpugnable,
se encuentra levantado.

¡Qué medrosas las sombras de sus muros,
qué firmes y qué graves son sus arcos,
qué oscuros son sus huecos, y qué tristes
las ruinas que han queda dol

¡Qué recuerdos evocan por la noche
los muros del castillo solitario
que en el alma producen impresiones
que engendran el espanto!

¡Oh, qué hermosas leyendas y qué historias
los ancianos del pueblo me contaron,
y qué amorosos lances por *aquella*
cristiana de ojos garzos. . . !

Cuando subo al castillo de mi pueblo
vóime en estos recuerdos recreando,
y paréceme ver en su plazuela
un árabe embozado
en su albornoz, ceñida su cabeza
con lujoso oriental turbante blanco,
pendiente del tahalí de su cintura
alfange mahometano,
dando frente a los altos ventanales
donde há tiempo con ansia está esperando

una mora a quien canta con su guzla
idilios africanos. . .

Otras veces parece que oigo el ruido
siniestro de las armas, y soldados
que veloces se aprestan a la guerra
a las voces de mando. . .

Mas nó; son ilusiones de poeta
y recuerdos históricos de antaño,
que es lo único que queda del castillo
arábigo-romano.

Hoy tiene de sus glorias ya pasadas
el sello de sus hechos legendarios,
la corona inmortal de la victoria
y el peso de los años.

Hoy su suelo produce aquella planta
que nace en edificios arruinados;
y anidan en los huecos de sus muros
los buhos y los cárabos.

Las aves nocturnales: esas aves,
que entonan por la noche un triste canto,
son las aves que lloran del castillo
las ruinas que han quedado.

.
.

II

Guarda hoy entre sus muros el castillo
un pequeño palacio
donde habita una hermosa Castellana
adorada de todos sus vasallos,

más bella que las hijas del profeta
que vieran el castillo mahometano,
más gentil que las palmas del desierto,
más linda que las flores de los prados,
más dulce que la miel de las abejas,
más alegre que el canto de los pájaros,
más blanca que la espuma de los mares,
mucho más que los mármoles de Paros,
más limpia que la nieve de los montes,
y más pura que el nardo,
más limpia que el aljófara del rocío
más pura que los astros...

¡María es la graciosa Castellana
que habita el otro alcázar soberano!

¡María cuyo nombre
es miel para los labios
y música al oído

y amor para los hijos que la amamos.

La piedad y la fé de mis mayores
en medio del castillo levantaron
aquella humilde hermita
que a la Virgen le sirve de palacio.

Allí acuden los hijos de mi pueblo
como acudí a los reyes el vasallo
para pedir favores

o dar gracias por otros ya alcanzados.

¡Qué alcázar más hermoso!
¡Qué distinto del otro mahometano!

Allí no hay más que ruinas
que causan la tristeza y el espanto;

mas éste augusto templo
a través de los siglos está intacto.

Aquí todo es alegre,
aquí hay hechos gloriosos y milagros;
allí sólo recuerdos,
pero recuerdos vagos;
allí habitaban moros
que odiaban al Dios Santo,
pero este nuevo alcázar
tan solo lo frecuentan los cristianos.

Los pobres y los ricos
y todo aquel que sufre atribulado
encuentran de sus males el remedio,
encuentran del consuelo el dulce bálsamo.

Allí van trovadores
como esos del alcázar mahometano
que cantan sus amores a la Virgen
con plectro delicado,
como aquellos; mas no amores impuros,
sino un cariño santo.

¡Qué precioso y qué alegre es este alcázar,
que esbeltos son sus arcos
y qué linda es la hermosa Castellana
que habita ese palacio!
Tan blanca es esta hermita...,
tan blanca como un nardo;
parece una paloma desde lejos
posada entre peñascos...

¡Maria es la graciosa Castellana
que habita el otro alcázar soberano!

¡María!, cuyo nombre
es miel para los labios
y música al oído
y amor para los hijos que la amamos.

. ,
Madre mía, permite que te diga
que yo te quiero tanto...
que el amor que te tengo, Virgen santa,
no puedo compararlo:
sólo sé que te adoro más que a Reina
y nadie te ama más que yo te amo.

Badajoz, 1905

UNA VISITA AL CEMENTERIO

I

SERENA está la tarde;
y en medio de la calma y el sosiego
van pasando por la ancha carretera,
que guía al cementerio,
personas enlutadas
sumidas en el más vago silencio,
con el santo rosario entre sus manos
rezando por sus muertos.
No dejan de rodar lujosos coches
a paso no muy lento,
conduciendo coronas y otras pompas
que ornarán orgullosos mausoleos
de seres, de los cuales ya no queda

sino un triste recuerdo...
Y allá en el valle umbrío
diviso el cementerio,
la mansión espantosa, terrorífica,
morada de los muertos,
oculta entre las sombras
de cipreses añosos, corpulentos,
que al par que el sol avanza
se van más extendiendo...
Y entre las verdes hojas
movidas por el céfiro
divisanse las luces mortecinas
que alumbran los soberbios mausoleos
y las humildes tumbas
de aquellos que murieron...
Al paso que me voy más acercando
al fúnebre recinto de los muertos,
escucho los rumores de oraciones,
suspiros y lamentos:
aquí llora una huérfana
postrada de rodillas en el suelo,
sobre el sepulcro frío
de aquellos seres que su ser le dieron;
allá está una viuda,
las manos elevadas hacia el Cielo,
llorando inconsolable
la muerte de su amante compañero;
y más allá está un padre
junto a una cruz de rústico madero
rezando por su hija

que al soplo destructor del duro cierzo
de la muerte, le fuera arrebatada
del fiel cariño del hogar paterno.

¡Qué triste esta morada
y qué penoso el sueño de los muertos!

¡Qué frío siente el alma!
¡Qué lúgubre, Señor, es todo esto!
Qué medrosas aquellas soledades,
envueltas en las sombras de un misterio,
do se encierran de cien generaciones

los miserables restos
¡Aquí despierta el alma a nueva vida,
uniéndose a su cuerpo,
para gozar los bienes de la gloria
o sufrir los horrores del infierno!

II

Al par que entre celajes
va el sol majestuoso
hundiendo su ígnea frente,
quedando así borroso
y lánguido el paisaje,
sin luz y sin color;
al lúgubre graznido
de las nocturnas aves
se mezclan roncós sones
monótonos y graves

del bronce sacrosanto
cual ayes de dolor.

Las sombras misteriosas
invaden la llanura,
el ave huye espantada,
se esconde en la espesura
y reina en todo el valle
silencio aterrador;
y allá en el cementerio,
abismo de la muerte,
arcano impenetrable
de la materia inerte,
diviso de las luces
el tibio resplandor.

Al son de la campana
que el «Angelus» anuncia
el labio del cristiano
desplégase y pronuncia
su última plegaria
llorando sin cesar;
apáganse las luces
de cirios y farolas,
retírase la gente
y van quedando solas
las tumbas, y los muertos
tranquilos en su hogar.

La lengua misteriosa
del bronce sacrosanto
prosigue sus gemidos
que arrancan dulce llanto
al hombre, y le recuerdan
el fallo de morir;
y tiembla contemplando
su efímera existencia
y piensa en Dios, y al grito
de su íntima conciencia
espántase y refrena
su mísero vivir.

Badajoz, 1908

GRITO DE GUERRA

BIZARROS españoles:
la patria está ocupada
y a muerte condenada
por pérfido invasor;
venid a defenderla
jurando sus banderas,
que tropas extranjeras
mancillan nuestro honor.

Corred, que los traidores
nos quitan nuestros Reyes
y sus tiranas leyes
nos quieren imponer;
corred, que ya profana
el trono y los altares,

la fé y nuestros hogares
su inicuo proceder.

Aquellos, que señores
del mundo los llamaron,
aleves nos brindaron
benévola amistad;
y torvo fin paliando
realizan su venida
y pagan su acogida
con ruda deslealtad.

¿Acaso creen que España
no tiene ya leones
que a pueblos y naciones
infundan el terror?
¿O piensan que no existe
quien lleve a sus historias
una hoja más de glorias
y un timbre más de honor?

Venid, no consintamos
que ni un palmo de tierra
nos gane en justa guerra
el bárbaro francés;
y si en combate rudo
amiga paz nos brinda,
haremosle que rinda
el arma a nuestros pies.

Venid, y lucharemos
con estos ambiciosos,
sus planes alevosos
haciendo sucumbir;
que el español en lucha,
por dura que esta sea,
o vence en la pelea,
o sabe antes morir.

¡Alerta ya, españoles!
que ya en el aire suenan
los gritos que envenenan
de España el corazón;
que ya el solar ibero
feroz ha ensangrentado
el arma del soldado
del gran Napoleón

Cojamos nuestras armas,
tomemos la defensa,
vengüemos esa ofensa
tan vil y criminal;
y al son del ronco ruido
del bronce que retumba
abrámosle una tumba
al Déspota Imperial.

Himno conmemorativo del heroísmo español en la invasión francesa de 1808 compuesto para la velada literario-musical que, para celebrar el Centenario de la Guerra de la Independencia, celebró el Seminario de S. Antón de Badajoz en la noche del 2 de Mayo de 1908. Se cantó con música de D. Rafael Lozano Alonso.

¡CANTA, POETA..!

Yo soy un pobre bardo que vive de ilusiones
cantando con mi guzla un amor ideal;
yo soy el peregrino juglar de los salones
que alegra con sus trovas el castillo feudal.

Mi vida es tan errante como errante es mi suerte,
mis canciones están a merced del favor;
muchas veces ceñuda me amenaza la muerte
si no pongo en mis labios mis canciones de amor.

Canta, canta, me dicen los bravos caballeros,
las canciones de gesta, las hazañas del Cid;
canta, canta los triunfos de los nobles guerreros
que valientes vencieron sin desmayo en la lid.

Canta, canta, me dicen los altivos señores,
de fantásticas hadas tu leyenda oriental,
o el sencillo romance de unos tristes amores
de la linda princesa y el humilde zagal.

Canta, canta, poeta, me suplican las damas,
las sublimes estrofas de tu errante vivir;
cántanos las bellezas de la musa que amas,
que las damas augustas hoy te quieren oír.

Y al capricho de damas y nobles paladines,
de mi guzla a los sonos, desgrano mi canción,
alegrando con ella los báquicos festines
donde tienen su trono la ruindad y traición.

Y amargando mi vida con las más negras penas,
por vivir siempre errante a merced del favor,
con sus cánticos sabe alegrar las ajenas
este misero bardo, infeliz trovador.

CONSUELOS

SOBRE UNA ESTAMPA
DE LA SMA. VIRGEN DE LOS DOLORES

A la Sra. D^a. F. P. de S.

Si de la vida las amarguras
hieren punzantes tu corazón,
esta es la fuente de las dulzuras;
busca el consuelo de tu aflicción.

Mira su rostro desfigurado
por el tormento del cruel dolor.
¡Qué sufrimiento tan resignado!
Toma el ejemplo de su valor.

¿Quieres que siempre tu dicha en calma
vaya bogando tras del placer,
y nunca osada turbe tu alma
la negra nube del padecer?

No: que eres buena, y eres cristiana,
y como marchas de Cristo en pos,
por eso mismo sabes, hermana,
que los dolores vienen de Dios.

A MI PATRIA

(ODA HERÓICA)

No hay nombre más sagrado
después de Dios y de su Madre santa,
que el nombre venerado
de Patria, a quien todo estro inspirado
su amor dedica y sus proezas canta.

¡Patria! ¡Patria querida!

Nombre sublime que el recuerdo evoca
de todos los amores.

¡Patria! Nombre de vida,
dulce más que la miel al que la invoca
en medio de sus penas y dolores.

Nombre sublime que el recuerdo encierra
de aquella amada tierra,
de aquel hogar ameno
lleno de paz y de venturas lleno
donde se deslizaron nuestros días
primeros entre sanas alegrías

al duro batallar del mundo ajenos;
de aquel hogar tranquilo
que fué dichoso asilo
de plácidas venturas,
de amores y delicias y ternuras.

Nombre sublime que el recuerdo evoca
del hogar solariego
donde una madre cariñosa y santa,
de amor henchida y de ternuras loca,
nuestra frente bañó en besos de fuego,
nuestro sueño arrulló con su garganta;
donde puso creyente
de la fe la virtud en nuestra mente
y rumor de plegarias en la boca
y en el pecho a la Patria amor ardiente.

*
*
*

¿Y quién no te venera, Patria amada?
¿Quién no ensalza tu nombre sacrosanto?
¿Quién al verte ultrajada
de indignación no vierte amargo llanto?
¿O quién al verte digna y ensalzada
no eleva en tu loor alegre canto?

El soldado defiende tus banderas,
tus plazas y fronteras,
porque es un hijo amante,
porque siente en su pecho palpitante
el amor a tus glorias verdaderas.

Y dá su vida por tu amor y gloria,
por ensalzar tu nombre solamente,
bordando con su roja sangre hirviente
una hoja más de tu brillante historia.

¿Quién puede ver con ánimo sereno
que tu brillante historia así bordada
sea por mano aleve mancillada
queriéndole arrojar inmundo cieno?

¿Quién ha de consentir que a las cadenas
de dura esclavitud seas aherrojada
mientras corra en tus hijos por las venas
sangre ardiente de héroes derivada?

¿Qué nación como tú, Patria bendita,
consiguíó con sus hijos tantas glorias,
si cada hoja de tu historia escrita
nos revela el sin fin de tus victorias?

Ni la Persia con Ciro ni Darío,
ni Cartago del mar dominadora,
ni Roma con su inmenso poderío
y que del mundo se llamó Señora;
ni Grecia con sus sabios y sus leyes,
sus hábiles guerreros y sus reyes,
pudieron con verdad halagadora
decir como tú has dicho: «¡El mundo es mío!»

Ninguna, como tú, de esas naciones
rompió los lazos de extranjeros yugos;
ninguna, como tú, con sus legiones
las huestes humilló de sus verdugos.

Ninguna, como tú, con sus banderas
ejecutó más épicas hazañas,

ni pasó con sus huestes más fronteras
de naciones extrañas,
ni tuvo la fortuna
de arrojar para siempre a sus cabañas
las hordas de la torpe Media Luna;
ninguna, como tú fué tan valiente
que abriera los caminos
por los mares vecinos
de un nuevo e ignorado continente
y allí llevara su cultura y ciencias,
su idioma, sus costumbres y creencias.

* * *

Yo quisiera, Patria mía, que tus glorias resonaran
por los ámbitos del mundo como emblema del valor;
yo quisiera que tu nombre las naciones pronunciaran
reverentes y sumisas, poseídas de terror.

Y que no se olviden nunca tus conquistas y campañas
que en el mundo de la historia para siempre brillarán,
ni tus reyes y guerreros, ni las épicas hazañas
de Sagunto y de Numancia, de Pelayo y de Guzmán.

Y que brillen para siempre como páginas de glorias
las escritas con la sangre de los triunfos y victorias
que ganaron tus guerreros a los hijos de Ismael;
que empezó invicto Pelayo en las márgenes del Deva,
auxiliado en su victoria por la Virgen del Auseba,
y terminan en Granada con Fernando e Isabel.

Que reviva en la memoria del feliz americano
del que tú fuiste la madre y nosotros sus hermanos
el más vivo testimonio de sincera gratitud;

que recuerde que fué España quien llevó a aquellas regiones su cultura y su hidalguía, su nobleza y sus pendones, sus colonos, sus soldados, con sus armas y su cruz.

Que en las páginas de oro de tu historia inimitable brille siempre la epopeya de valor incomparable que escribieron con su espada los Pizarros y Cortés; y que no se olviden nunca la arrogancia y la bravura de tus hijos, que el engaño, la traición y la locura de las águilas francesas sometieron a tus pies.

No, no temas, Patria mía, que se eclipsen tus victorias, ni se olviden los laureles de tus triunfos y tus glorias, que en el mundo como soles para siempre brillarán; que las pléyades gloriosas de tus héroes y guerreros, si te vieran abatida por los pueblos extranjeros, por tu honor y en tu defensa de sus tumbas surgirán.

Volverían a la vida los Pelayos, los Hernandos, y los Sanchos y los Mendos, los Alfonsos y Fernandos, los Ramiro y los Jaimes aprestándose a la lid; los Guzmanes y Quiñones, los Gonzalos y los Laras, los Cortés y los Pizarros, y los Austrias y Pescaras, y los Carlos y Felipes comandados por el Cid.

Y vendrían al conjuro de tu voz con sus legiones cabalgando en sus corceles, y empuñando sus lanzones, ambiciosos de tus glorias de tus triunfos siempre en pos, las innúmeras falanges de esos héroes legendarios, de fiereza de leones y de arrojos temerarios, deseosos de la lucha por su Patria y por su Dios.

*
* *

¡España! Nombre bendito
que con oro y sangre escrito
está en su invicto pendón;
nombre que lleva el soldado
desde su cuna grabado
en medio del corazón.

Nombre que suena a armonías
y que recuerda los días
de otro plácido vivir;
ese nombre que amorosa
una madre cariñosa
nos enseñó a repetir.

Nombre que dice de amores
de belleza y de colores,
de heroísmo y de valor;
nombre que al oído suena,
como canto de sirena,
cual trino de ruiseñor.

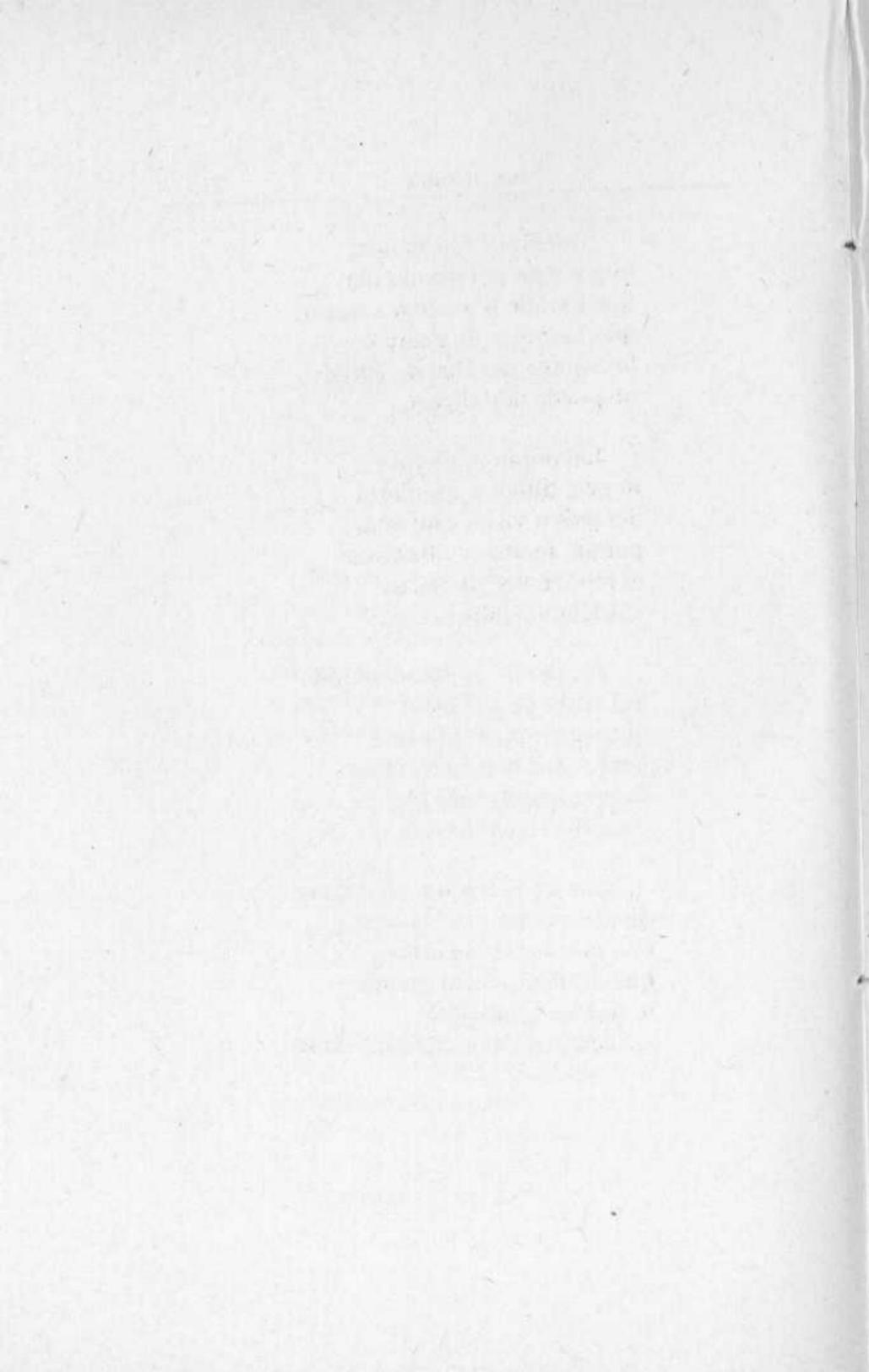
Nombre que dice ternura,
nombre que suena a bravura
cual rugido de león;
nombre que tiene los ecos
de los hórridos y secos
estampidos del cañón.

¡Adelante! Patria mía,
que venga pronto ese día
que grande te vuelva a hacer;
que la Patria de Pelayo,
la España del Dos de Mayo
no puede desfallecer.

Levántate poderosa
nueva, altiva y orgullosa
del polvo vil en que estás;
porque fuertes y altaneros
te repiten tus guerreros
«¡Adelante! ¡Mucho más!»

Porque no se ha terminado
esa casta de soldados
que saben morir por tí;
porque tus bravas legiones
siguen siendo cual leones
como fueron otras mil.

Que no cesen tus campañas
de conquistas y de hazañas
con que coronada estás;
que ambiciosos tus guerreros
te repiten altaneros:
«¡Adelante! ¡Más...! ¡Más...! ¡Más...!»



CONSEJO

SOBRE UN LIBRO DE LA IMITACIÓN DE CRISTO

(A UNA SEÑORITA)

Si el mundo con sus engaños
te sedujera, cristiana,
y tras la vida liviana
fueras, por tus pocos años.

Este gran libro medita
y sus páginas contempla,
porque el alma en él se temple
para ser de Dios bendita.

LA HAZAÑA DEL «PLUS ULTRA»

(CANTO EPICO)

I.

SALIDA DE PALOS

¿Do va tan presurosa, gallarda y arrogante
la frágil navecilla, como un cometa errante
surcando los espacios? ¿Va en pos de un ideal?
¿Qué espíritu la empuja? ¿Qué mano la dirige?
¿A qué imperio obedece o qué genio la rige
que así resiste el ímpetu del fiero vendaval?

Del seno de los mares levanta el raudo vuelo
como un ave gigante que lleva por anhelo
volar hacia otros mundos, volar y más volar;
y al verla España entera se agita y extremece,
y la ansiedad y el júbilo de día en día crece,
al verla por los aires triunfante navegar.

¿Acaso ha abandonado su tumba yerta y fría
y habrá vuelto al estudio de nueva geografía
el genio aventurero del inmortal Colón,
y en busca de otros mundos o tierras no soñadas
se lanza a los espacios por rutas ignoradas
para calmar las ansias de toda la nación?

¿Habrán vuelto a la vida los impetus guerreros
de aquellos paladines, soldados caballeros
que en vida se llamaron Pizarros y Cortés,
y al filo de su espada en brava y fiera guerra
conquistarán los mundos, sojuzgarán la tierra
que habrá de descubrirles de nuevo el genovés?

¡Ah, no! ¡Murieron todos y no han vuelto a la vida!
Mas no murió la raza, que estaba adormecida,
y un héroe como aquellos con gesto sin igual,
lanzándose a los aires en frágil navecilla,
a América dirige la punta de su quilla,
para decir al mundo que España es inmortal.

¡España va en la nave..! Su espíritu la guía,
la empuja su deseo, la alienta su hidalguía,
la fé le da sus alas, y la sostiene Dios;
que España es madre amante de cien generaciones,
que llevan en sus venas la sangre de leones,
y va a ver a sus hijos de su cariño en pos.

Va a darles un abrazo de paz y de ventura
con un gallardo gesto de su épica bravura,
bogando por los aires sobre el furioso mar;

de Palos, como un día Colón el navegante,
ha remontado el vuelo como un ave gigante
que lleva por anhelo volar y más volar...

¡«PLUS ULTRA», vuela, vuela sobre los anchos mares,
que allá del otro lado te esperan a millares
los hijos de la España con íntima emoción!
¡«PLUS ULTRA», vuela, vuela, que quieren ver que España
repite por los aires la misma brava hazaña
que por el mar de Atlante verificó Colón!

Lleva con el abrazo de España a esas regiones
el ósculo de hermanos de tantos corazones
que están de tí pendientes con gozo y ansiedad,
mientras te ven heroica vencer los elementos
sobre las crespas olas, contra los fuertes vientos,
con vuelo de gigante surcar la inmensidad.

¡Gran Franco, Ruiz de Alda, Durán, ilustre Radal!
Vuestra épica aventura ha de quedar grabada
en las entrañas mismas de toda la nación!
Con ella en vuestras sienes poneis lauros de gloria
y páginas brillantes grabais en nuestra historia
por la que el mundo siente tan grande admiración.

Seguid, seguid la ruta marcada en vuestra empresa,
ya que es vuestro deseo y vuestra gloria es esa,
que vela por vosotros el Ángel del Señor;
y si lograis el triunfo con un feliz regreso
España os dará el pago con un ferviente beso
que estampe en vuestras frentes su maternal amor.

¡Que Dios guíe benigno la nave peregrina
y os lleve en largo vuelo feliz a la Argentina
donde con ansia esperan poderos abrazar!
¡Volad con entusiasmo en alas de la gloria!
¡Surcad majestuosos la aérea trayectoria
bajo los anchos cielos, sobre el inmenso mar!

.

II

LLEGADA A BUENOS AIRES

Y Dios guió benigno la temeraria nave,
y en vuelo gigantesco de gigantesca ave
el fiero mar de Atlante veloz atravesó;
y a la ciudad del Plata llegaron victoriosos
los ínclitos soldados que guardan cariñosos
el fraternal abrazo que América les dió.

¡Bravo! ¡Bravo, soldados! ¡Valientes campeones!
Por vuestra heroica hazaña sabrán hoy las naciones
que en nuestra noble Patria la raza es inmortal.
Esa jornada vuestra señala en nuestra historia
el resurgir de un pueblo que no ha muerto a la gloria
y sueña en su pasada grandeza sin igual.

No ha muerto aquella raza de bravos adalides
que en mil y mil combates y en mil sangrientas lides
supieron con su acero vencer y dominar;

no han muerto aquellos héroes de arrojo y valentía,
ni aquellos caballeros de más noble hidalguía
que un mundo para España supieron conquistar.

No ha muerto, no, la raza de aquellos campeones
que, aun muertos en la grupa de sus recios bridones,
ganaban las batallas al fiero musulmán;
no ha muerto, no la raza de loco patriotismo
que al defender su Patria repita el heroísmo
de la sublime hazaña del célebre Guzmán.

España, Patria mía, madre feliz de hijos
en los que el mundo entero sus ojos tiene fijos
al ver nuevas proezas por ellos realizar;
orgullo de una raza que tiene por blasones
haber llevado en triunfo tus bélicos pendones
de un polo al otro polo, de un mar al otro mar.

Tú, que llevaste a América tus leyes y tus ciencias,
tus sabios y guerreros, tu idioma y tus creencias
tu sangre y tu hidalguía, tu fé y tu religión,
le diste para siempre magnífico tesoro
que guarda con cariño como un estuche de oro
el bello relicario de su fiel corazón.

Ya tienes ruta abierta por el espacio inmenso
para seguir mostrando tu gran cariño intenso
de madre a aquellas hijas del lado allá del mar;
sigue ejerciendo en ellas tu obra bienhechora,
que, aunque hoy emancipada, América te adora
porque en su amante pecho te levantó un altar.

Ya has visto cómo América correspondió a tu abrazo
con un filial cariño que estrecha más el lazo
de afecto noble y tierno, de unión firme y leal.
Ya has visto que en tus héroes miró a su madre amante
y te rindió el tributo de un pecho palpitante
de amor a tu sagrada caricia maternal.

Yo te saludo, oh madre de hidalgos, caballeros,
de santos y de sabios, de héroes y guerreros
que tanto consiguieron tu nombre enaltecer.
¡Salve, salve, oh España, magnífica matronal
Nuevo florón han puesto en tu real corona
tus hijos que a los vientos supieron hoy vencer.

Tus hijos exaltados de júbilo y de gozo
te aclaman y saludan con bélico alborozo,
sintiendo de su patria un nuevo resurgir;
y al ver estas proezas te dicen confiados
que patria que dá al mundo tan hábiles soldados
es patria que no puede nunca jamás morir.

INDICE

	<u>Págs.</u>
Censura	V.
Prólogo	VII.

RELIGIOSAS

A la Sma. Virgen del Castillo de Montánchez.	3
A Dios	5
Canto a la Inmaculada	13
¡Humillación! Nacimiento del Hombre-Dios..	17
La Anunciación de la Virgen	21
La Asunción de la Virgen	25
Con flores a Maria (<i>Premiada</i>)	35
Adoración de los Pastores al Niño-Dios . .	39
El Alma del Poeta	49
La Oración del Huerto	53
Laudate Mariam (<i>Premiada</i>)	57
A la niña Pilar San José Puerto en el día de su primera Comunión.	61
La Verónica	67
A mi Madre la Sma. Virgen de Guadalupe. .	71
En la calle de Amargura.	79
Más bella te hizo Dios.	85
Consumatum est	87
A la Inmaculada (<i>Premiada</i>).	89
Tú reinas	97
El mayor dolor	99
Jesús y la Samaritana	105
A nuestro Stmo. Padre el Papa Benedicto XV.	115

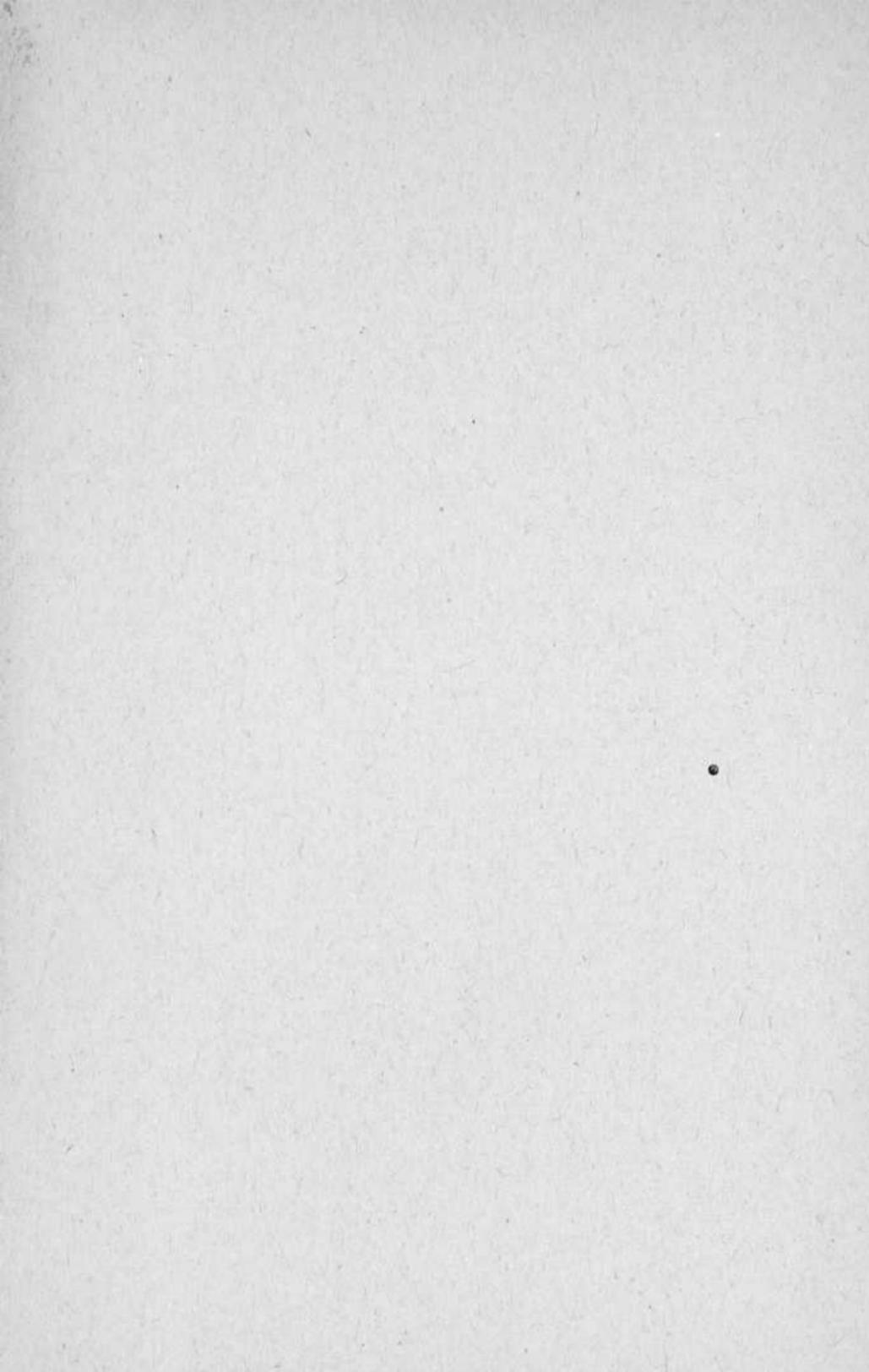
MÍSTICAS	Págs.
El corazón de Jesús en el hogar	119
Desposorios místicos	123
A la Lámpara del Sagrario (<i>Premiada</i>) . . .	129
Vocación. El Amor de mis Amores	133
La Tentación	137
Vuela, palomita.	141
Pastor divino	143
En busca del Amado	147
Ante el Sagrario.	151
¡¡¡Piedad. Dios mío!!! (<i>Premiada</i>)	155
La vuelta del Amado	159

VARIAS

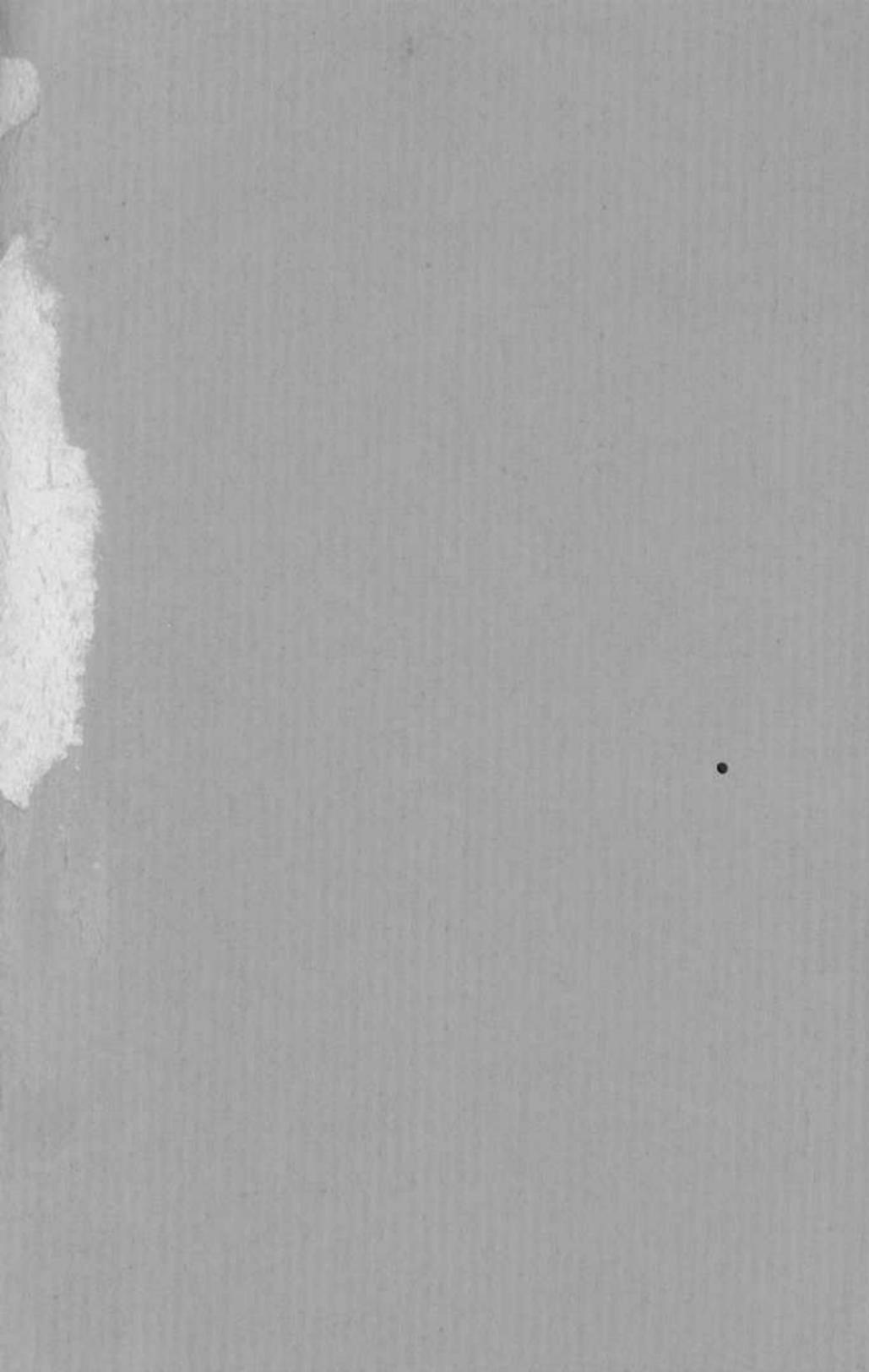
¡Piedad! En la muerte de mi padre	165
Postal. A mi madre en el día de su cumpleaños	173
El Huérfano	175
Primavera	181
Los sueños de un músico	185
Los dos Alcázares	187
Una visita al Cementerio.	193
Grito de guerra	199
¡Canta, poeta!.	203
Consuelos	205
A mi patria	207
Consejos	215
La hazaña del «Plus Ultra»	217

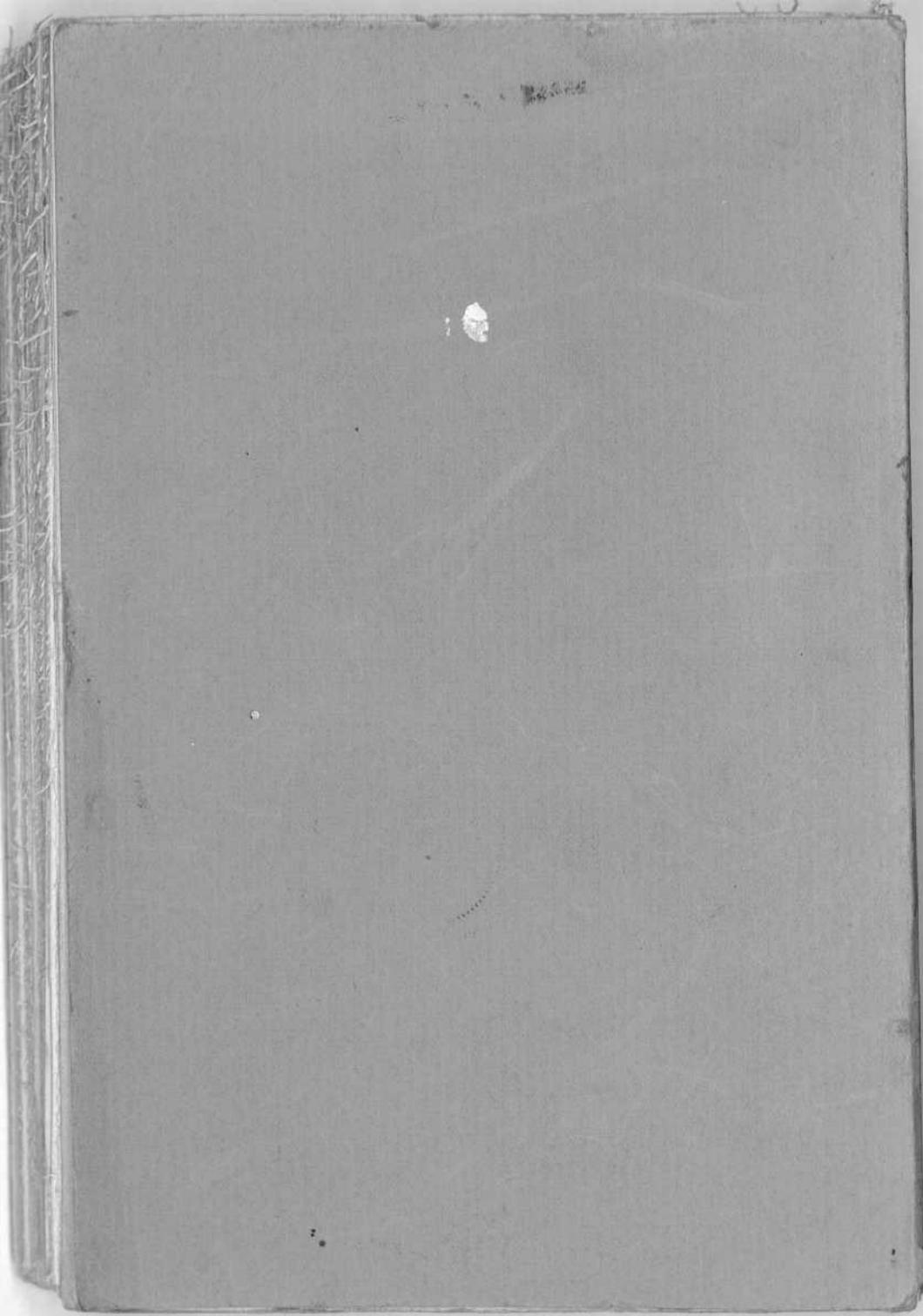
Obras del mismo autor

AMOR Poemas novelescos.	3'00 ptas
ER PERIODISTA Sainete en un acto dividido en dos cuadros y en prosa, con música de L. Blanco	2'00 <
ANGEL RODRIGUEZ (a) «ER PERIODISTA» continuación del sainete. Comedia en tres actos y seis cuadros, con música de L. Blanco	2'50 >
¡VIENE EL REGIMIENTO! Comedia en tres actos y dos cuadros	2'50 >









M. AMAROS

AMILIS AMORIS (Poesías)

Prezzo 4'50